

COLLECCIÓN BRUKER 1972
**PUNTO
ROJO**

la paz de los muertos

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



LA PAZ DE LOS MUERTOS

PR Nº 534

Autor: Burton Hare

UUID: acb7db8c-aa62-4593-b6ea-7dc3a13267b3

Generado con: QualityEbook v0.78

1

El hombrecillo se apeó del taxi frente a la extensión de verde césped salpicado por las manchas blancas de las lápidas y monumentos funerarios, que reverberaban bajo el sol del mediodía.

Deslumbrado, permaneció unos minutos inmóvil. La gente cruzaba cerca de él sin prestarle atención. Vestía un sencillo traje de sarga azul, arrugado y que parecía excesivamente grande para él.

Sus ojos rodeados de profundas arrugas miraban el cementerio con evidente estupor. En realidad, ni siquiera con las lápidas sobresaliendo del césped, aquello se parecía en nada a los lúgubres cementerios que él recordaba.

Por supuesto, esos estaban en otros países, en otro continente lejano...

El que había ante él tenía la apariencia de un primoroso jardín, incluso con una rumorosa fuente que cantaba eternamente el silencio de los muertos.

El hombrecillo pareció despertar y miró por encima del hombro, hacia el establecimiento funerario establecido al otro lado de la avenida por la que discurría un incesante río de automóviles.

Al fin, decidiéndose, echó a andar para cruzarla, esquivando a los indignados conductores.

Había una joven de explosiva belleza tras el pupitre de la oficina. Eran tan bella, sofisticada y espectacular como una vedette de revista frívola. No encajaba en el marco de una agencia de pompas fúnebres, y una vez más el forastero no pudo ocultar su

desconcierto.

—¿En qué puedo servirle? —runroneó la muchacha.

El hombre carraspeó. Parecía azorado.

—No estoy muy seguro —murmuró al fin—. Me dijeron que un amigo mío... alguien a quien no veía hace muchos años, está muerto y enterrado ahí...

Señaló desmayadamente por el ventanal, hacia el césped verde y luminoso.

Ella parpadeó.

El hombrecillo añadió:

—Me gustaría estar seguro de que no hay un error...

—Eso es fácil de comprobar. ¿Cómo se llamaba su amigo?

—Martín Glaub.

—¿Y la fecha de su muerte?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Ni siquiera aproximadamente?

—No.

Ella hizo un delicioso mohín con sus labios rojos y brillantes.

—Eso hace que sea más difícil... No obstante, veré qué puedo averiguar. Siéntese entretanto, por favor.

Se levantó y el hombrecillo la siguió con la mirada mientras se alejaba. Sus caderas tenían un movimiento suave y turbador que provocó una extraña inquietud en todo su ser, haciéndole recordar una vez más todos aquellos años muertos, materialmente enterrado, sin luz, sin vida propia..., sin mujeres.

Desde que vivía de nuevo comprobaba una y otra vez cuán hermosas eran ahora, cuán distintas de “antes”, más libres, más sugestivas, más turbadoras y excitantes.

Se dejó caer en una butaca y esperó. Extrañas imágenes cruzaban por su mente.

La joven tardó algún tiempo en regresar. Una sonrisa aleteaba en sus labios.

—En efecto —dijo deteniéndose ante el hombrecillo que se había levantado—. Su amigo está enterrado en nuestro cementerio... Pero murió hace muchísimos años.

—¿Cuántos?

—Veinte.

—Tanto tiempo...

Pareció que empequeñecía un poco más. Ella le contempló con una atención profesional.

—Llevamos cuidadosamente nuestros archivos —explicó—. Sólo así he podido encontrarlo. Naturalmente, en aquella época había otro personal aquí... e incluso el propietario era otro.

—Por favor...

—¿Sí?

—Quisiera saber... Tal vez fuera posible averiguar la dirección en que vivió. ¿Usted cree...?

Parecía sumido en temores e incertidumbres. La muchacha se preguntó de dónde procedía aquel hombrecillo tímido, de extraño acento.

—Está bien —concedió—, lo miraré.

Volvió a dejarle solo. A través del ventanal podía contemplarse una extensa panorámica de la tierra de los muertos. No había nada triste ni lúgubre en ella, y menos con el incesante tráfico de la avenida.

El hombrecillo se estremeció.

¡Veinte años de la muerte de Glaub!

Pero, ¿cuántos había estado él muerto?

Se sorprendió al pensar que algunos más que su amigo Martín Glaub. Era aterrador. Una gran parte de su vida desperdiciada, muerta, podrida en el pozo insondable del tiempo y de la muerte.

Era preciso recuperar esa parte de la vida que no había vivido.

Vivirla de nuevo, pero de distinta manera. Lo conseguiría y todo sería distinto...

—Aquí tiene, lo he anotado en ese papel, señor.

Levantó la mirada y vio a la hermosa muchacha que le tendía una hoja de papel.

—Muchas gracias —murmuró.

Salió presuroso, ante la mirada compasiva de la empleada.

Echó a andar por la acera hasta el primer cruce de peatones. No quería volver a sortear los vehículos.

Después, internándose por el césped tan bien cuidado, perdió media hora buscando una lápida. No tenía prisa de todos modos, más bien deseaba matar el tiempo y reflexionar, adaptarse a ese nuevo mundo en el que había caído y en el que se consideraba un

perfecto extraño.

Al fin, la lápida apareció ante sus ojos atónitos.

MARTIN GLAUB

(1922 – 1951)

Eso era todo lo que quedaba de un hombre.

Estuvo mucho tiempo plantado allí, absorto, la mirada perdida quizá recordando al hombre que una vez viviera bajo aquel nombre que debió resultarle tan extraño como a él el suyo...

Cuando salió de nuevo a la avenida, la tarde declinaba. El hombrecillo miró por primera vez lo que la muchacha había escrito en el papel.

Sólo decía:

“Martín Glaub. 931, Gables Road.”

Anduvo cabizbajo, pensativo, hasta que reaccionando descubrió un taxi libre y lo llamó, dándole las señas escritas en aquel papel..., que quizá le devolvieran a un mundo ido y que ya jamás podría volver.

* * *

Abrió la puerta una muchacha que de nuevo provocó extrañas sensaciones en el hombrecillo de ojos apagados y cabellos escasos y ralos.

Llevaba unos shorts blancos y diminutos, y una blusa transparente que anudaba descuidadamente sobre el estómago. Al parecer, eso era todo cuanto llevaba encima, porque incluso iba descalza.

—¿Vende usted algo?

—¿Qué dice? —murmuró él.

—Bueno, ¿qué desea? Pensé que era un vendedor.

Los ojillos del hombre la recorrieron una vez más. Fue una mirada voraz, inquietante.

La chica sacudió la cabeza, disgustada.

—Cuando haya acabado de mirarme, quizá quiera tomarme las medidas vitales, ¿sí?

—Lo siento, no quise... yo...

—¿Pero, qué le pasa?

—Desearía hablar con alguien mayor que usted, señorita..., alguien que hubiera vivido aquí hace..., veinte años.

Ella se echó a reír.

—Yo tengo diecinueve, así que no soy lo bastante vieja para usted.

Una voz, desde el interior, indagó:

—¿Quién es, niña?

—Esa es mamá... Ella lleva viviendo aquí la mitad de su vida por lo menos. Entre usted.

El hombrecillo cruzó el umbral. Su mirada recorrió en un instante los muebles confortables, los detalles de descuidado buen gusto y los cuadros que adornaban las paredes.

Una mujer apareció de pronto. Se cubría con una bata delgada que moldeaba su cuerpo todavía firme y turbador, sobre todo para él.

—¿Quién es usted? —le espetó con impaciencia.

—Me llamo John Mitchell.

—Mamá, quiere hablar con alguien que viviera aquí hace veinte años. ¿No es curioso?

La mujer enarcó las cejas.

—No comprendo. ¿Qué es lo que quiere exactamente, señor Mitchell?

—Verá..., sé que les parecerá absurdo, pero vine a esta ciudad buscando a un hombre que conocí en Europa, durante la guerra.

—¿Y...?

—Se llamaba Martín Glaub.

Las dos mujeres cambiaron una mirada de extrañeza.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotras?

—Supe que murió, y que la última dirección suya fue esta casa. ¿Comprende ahora?

—¿Cuándo murió?

—Hace veinte años.

—Yo no había nacido aún —rio la muchacha.

—¿Martín Glaub? —murmuró la mujer.

De repente, un chispazo cruzó por su mirada.

—¡Dios, después de tantos años! —exclamó.

—¿Lo recuerda usted?

—Sí... desde luego que sí...

Su hija la miró también con creciente curiosidad.

—Nunca me hablaste de él, mamá —dijo—. ¿Quién era?

—Casi lo había olvidado... Aquellos fueron los años difíciles... la

guerra había hundido muchas economías, hija. Nosotros estábamos en mala situación y para ayudarnos alquilábamos habitaciones. El... Martín Glaub, fue uno de nuestros huéspedes.

El hombrecillo se estremeció.

—¿Murió aquí, realmente?

—Sí..., fue algo repentino. Lo encontramos muerto en su cuarto. Un ataque al corazón, según el doctor que certificó su muerte.

—¿Cuánto tiempo vivió aquí?

—No mucho..., dos semanas, tres quizá. No lo sé, es imposible recordarlo ahora.

La frente del hombrecillo se arrugó bajo el esfuerzo de su mente.

—No puede ser —dijo—. Él debía tener un domicilio fijo..., seguramente de su propiedad.

—¡Oh, claro que lo tenía! Sólo vino a residir a la ciudad porque se encontraba enfermo, necesitaba cuidados médicos, pero pensaba marcharse tan pronto le hubieran establecido un tratamiento adecuado. Sólo que murió antes...

—Eso es..., eso encaja —murmuró como hablando para sí, tan absorto que no advirtió la creciente inquietud de la mujer.

Fue la muchacha quien exclamó:

—¡Caray, mamá, nunca me habías contado eso! Y hemos hablado muchas veces de los tiempos en que papá todavía vivía.

—No me pareció nada importante..., apenas llegamos a conocer a aquel hombre.

—¿Les dijo dónde vivía, dónde estaba su casa?

—No... Bueno, si dijo algo no puedo recordarlo. Pero creo que tenía una casa; cerca del mar. Estaba muy tostado por el sol y le gustaba contar sus salidas de pesca, de eso sí hablaba a menudo.

—Pero su casa...

La mujer desvió la mirada.

—No recuerdo nada más. Si alguna vez mencionó dónde la tenía, lo he olvidado después de tantos años.

—Sí, claro...

Parecía desalentado, derrotado casi.

La muchacha exclamó:

—¡Puede preguntarlo en el registro municipal! Si tenía una casa propia debió estar registrado, ¿sabe?

—Claro, claro... Gracias por todo.

Se apresuró a salir, dejando perplejas a las dos mujeres.

La hija murmuró:

—Qué hombre tan extraño, mamá. Parece extranjero, ¿no crees?

—Sí, también lo era —musitó su madre, extremadamente pálida.

—¿De veras?

Por primera vez, la muchacha advirtió la turbación de su madre, la palidez de su rostro todavía bello, y la incomprensible expresión de sus ojos atemorizados.

—¿Qué te ocurre, mamá?

—Nada, hijita..., son los recuerdos de aquellos años difíciles, al pensar en las privaciones... No sé, olvídalo, querida.

—Pero estás muy pálida...

—No hablemos más de este asunto.

—Es como si tuvieras miedo de recordarlo.

La mujer se estremeció.

—¡Cállate! ¿Qué tiene que ver el miedo con todo esto? Sólo que no quiero recordarlo siquiera. Te agradeceré que no vuelvas a mencionarlo, por favor —terminó, llena de angustia.

Se internó en la casa sin más palabras. Su hija se quedó plantada allí, mirándola alejarse, intrigada y quizá un poco asustada también.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció inmóvil después que su madre hubo desaparecido, recordando al hombrecillo y sus ojos voraces y obscenos.

2

Steve Carson cambió de postura, manteniendo el vaso en equilibrio, y gruñó:

—Yo en tu lugar escribiría esa historia, muchacho. A la gente vuelven a interesarle esos temas.

Su amigo sacudió la cabeza.

—Una cosa es recordar aquel infierno de vez en cuando... con alguien como tú, que ni siquiera sabe lo que fue aquello, y otra revivirlo sobre el papel. No, Steve, nunca lo escribiré.

—Como quieras. Pero no comprendo la razón de que, si tanto odias pensar en el pasado, te complaces en torturarte hablando de ello conmigo, o con cualquier otro amigo tuyo.

—Nunca hablo de eso con nadie. Estoy seguro que no me creerían. Resulta difícil, en esta época, creer que los seres humanos puedan descender hasta tales aberraciones, hasta una crueldad tan salvaje e inaudita que produce náuseas recordarla siquiera. Sólo contigo... alguna vez, porque sé que me crees.

—Te creo, desde luego —dijo Steve pacientemente—. Y ahora, cambia de conversación... A propósito, ¿qué hora es?

—Casi las nueve.

—¡Cuernos!

Se levantó de un salto, apurando el vaso precipitadamente.

—¿Qué te ocurre?

—Estoy citado con Laurie y si llego tarde me arranca las orejas.

Era un hombre de unos veinticinco años, alto, fuerte y elástico

como un látigo. La constante actividad a que se entregaba le mantenía en forma, aunque a veces senda para que sus amigos se rieran de él condescendentemente.

Por el contrario, su amigo le doblaba la edad por lo menos. Su cuerpo podía ser cualquier cosa menos musculoso, y el rostro pálido reflejaba más edad de la que en realidad tenía.

Steve se ajustó el nudo de la corbata y exclamó:

—Esta vez me corta la cabeza...

—¿Qué dices?

—Laurie.

El otro sonrió.

—Eres un tipo afortunado, muchacho —murmuró—. Yo tengo la impresión de que nunca fui joven.

—No puedo explicarme cómo no has podido olvidar todo eso, después de tantos años, y después de haber creado tantas situaciones dramáticas imaginarias. Cualquiera en tu lugar...

—Ya sé, ya sé... Te prometo no volver a darte la lata con todo eso. Además, he de terminar ese cuento corto para dentro de dos días o a quien le arrancarán la cabeza será a mí.

Riendo, Steve se despidió con un ademán y salió disparado.

La calle estallaba de luces y de gente apresurada.

Pensó una vez más que debería comprarse un reloj o tendría disgustos.

Desde luego, eran disgustos lo que auguraba el ceñudo rostro de la hermosa muchacha, cuando le recibió.

—Lo siento, querida...

—¡Lo sientes! ¿No has podido inventar una excusa más convincente?

—¡Si todavía no te he dado excusa alguna!

—¿Qué es esta vez, tu falta de reloj, o estabas en el apartamento de alguna de tus amigas y se te pasó el tiempo?

—No seas celosa, cariño. Estaba con un amigo... Escritor también. Seguramente has leído sus cuentos en las revistas. Firma con el pseudónimo de Phil Gastón. Es endiabladamente bueno.

Su voz se extinguió al darse cuenta que ella no dejaba de mirarle acusadoramente.

—Nena, de veras, yo...

—Aún no comprendo cómo te he esperado.

—Porque me quieres un poco.

La atrajo hacia sí, besándola en los labios con entusiasmo.

Ella se desprendió más pronto que de costumbre.

—Si crees que puedes burlarte de mí, Steve Carson, estás equivocado.

—Te quiero, ¿sabes? Aunque pensándolo bien, maldito si sé por qué. Eres fea y desagradada, y...

Ella se echó a reír.

—¿De qué hablas? Me miro al espejo todos los días, ¿sabes? Y los hombres se vuelven tanto a mirarme que les dan ataques de tortícolis. Así que no quieras convencerme que me haces un favor amándome. Dice mamá que los hombres...

El la interrumpió con un ademán.

—Deja a tu madre fuera de esto, nena. A veces me pregunto cuál me gusta más, si ella o tú. ¿Cómo se las arregla? O quizá le das consejos para conservarse tan bella. ¿Es eso?

—Deberías decírselo a ella, quizá así le caerías mejor. Mamá dice que eres un haragán. Piensa que cometo un error enamorándome de ti.

—Hablemos de otra cosa —se apresuró a interrumpir él—. Por ejemplo, ¿adónde vamos?

—A estas horas no podemos elegir muchos programas. Le dije a mamá que quizá regresase tarde, de modo que puedes llevarme a bailar un rato.

—¡Excelente!

Echaron a andar estrechamente unidos. De pronto, ella dijo:

—Estuve haciendo de detective hoy, querido.

—No me digas que metiste las narices en mi vida amorosa.

—En serio, Steve.

—Cuéntame.

—Me intrigó la visita de un hombrecillo de ojos turbios. No sabes cómo me miró. Pensé que iba a quitarme las ropas sólo con aquella mirada.

—Dime quién es y le haré tragar los dientes.

—No seas tonto. Vino a casa preguntando por un hombre que murió hace veinte años. No me hubiera intrigado tanto a no ser por la actitud de mamá..., pareció turbarse mucho y no quiso hablarme de él.

—Quizá estuvo enamorada de ese individuo, si es alguien que conoció de soltera.

—Tonterías. Ella ya estaba casada cuando Martín Glaub fue a vivir a casa.

Steve se detuvo en seco, igual que si hubiera tropezado con un muro. Alguien que caminaba tras ellos tropezó con él y soltó un gruñido de protesta...

Laurie exclamó:

—Pero, ¿qué te pasa ahora?

—Ese nombre... ¿Dijiste Martín Glaub?

—Desde luego que lo dije. Ese fue el hombre que alquiló una habitación en casa, antes de nacer yo, y que murió allí poco tiempo después.

—¿Murió?

—Steve, pareces tonto.

El vio la cristalería de un bar y tirando de la muchacha entró en él.

—Ven, hablaremos mejor aquí dentro. Estoy perplejo por lo que acabas de decirme.

—No comprendo por qué.

Se sentaron en una mesa. Había unos cubículos en forma de media luna que proporcionaban cierta independencia.

Una camarera se aprestó a servirles. Tomó el pedido y se fue.

—Ahora repite lo que dijiste antes —exigió Steve.

—Caray, está bien claro. El hombrecillo preguntó por su viejo amigo. Dijo que se habían conocido en Europa, durante la guerra. Pero ese Martín Glaub murió cuando estuvo de huésped en casa, hace veinte años. Es así de fácil. Luego, el hombrecillo...

—Espera un minuto. Me aturdes con tu manera de contarlo.

—¡Pero si es sencillo! Mamá dijo que el tal Glaub alquiló una habitación, que vino de algún lugar de la costa porque estaba enfermo y que murió. Lo encontraron muerto una mañana de un ataque al corazón.

—Y se llamaba Martín Glaub, ¿eh?

—Ciertamente. ¿Por qué pareces tan sorprendido? Bueno, el hombrecillo quería saber si Glaub tenía una casa propia. Eso pareció interesarle en extremo. Mamá le dijo que sí, pero no sabía dónde. Estaba muy nerviosa, como asustada...

—¿Tu madre?

—¿De quién diablos crees que estoy hablando? ¡Claro que mamá! Por eso me intrigó tanto su actitud después que el hombrecillo se hubo ido.

—¿Qué es exactamente lo que hiciste?

—Fui al registro municipal.

—¿Al registro?

Ella sacudió la cabeza.

—No repitas todo lo que digo. Descubrí que Martín Glaub tuvo una casa en los cayos. Al parecer se trata de una propiedad grande a juzgar por el precio y las cuotas de los permisos municipales.

Él se disponía a replicar cuando llegó la camarera. Esperó a que les hubiera servido y luego dijo:

—De modo que tu Martín Glaub tenía una casa en los cayos...

—Sí. Fue vendida después de su muerte... en el año cincuenta y tres cambió de nombre. Ahora pertenece a alguien llamado Clayton Boyen.

Él parecía perplejo.

—Sería una coincidencia demasiado traída por los pelos — murmuró.

—¿Cuál coincidencia?

Él bebió un sorbo de whisky. Luego explicó:

—Si alguien llamado Martín Glaub murió en tu casa, antes de tu nacimiento, no cabe duda que el mundo da tantas vueltas que uno acaba loco..., porque yo conozco a Martín Glaub, nena, y te aseguro que está bien vivo. Amargado, pero vivo.

—¡Steve!

—Ya lo oíste.

Ella estuvo callada un buen rato, tan perpleja como lo estuviera él antes.

Después murmuró:

—Se trata de otro hombre, claro.

—No creo que haya muchos con el apellido Glaub... Espera.

Se levantó, dejándola sola. Cuando regresó lo hizo cargado con la voluminosa guía telefónica.

—Vamos a verlo, ¿te parece?

Buscaron hasta localizar el apellido que les interesaba.

Steve gruñó:

—Ahí tienes... un sólo Martín Glaub, y se trata del que yo conozco.

—Parece imposible.

—Es el escritor de quien te he hablado antes... el que utiliza el pseudónimo de Phil Gastón.

—Pero, entonces, Steve, ¿quién fue el que estuvo alojado en casa de mis padres, hace veinte años?

—Quizá un pariente de Martín. Eso pudiera explicarlo todo. Realmente, estamos levantando una montaña de un grano de arena.

—Es cierto, pero entonces, ¿por qué la visita del hombrecillo inquietó a mamá?

—Quizá fueron sólo figuraciones tuyas.

—Ya sabes que no soy impresionable. Te aseguro que mamá se asustó. Y después se negó terminantemente a hablar conmigo de este asunto.

—Reconozco que eso es extraño, pero todo lo demás debe tener una explicación sencilla. Mañana le preguntaré a Martín y saldremos de dudas.

—Muy bien. Pero llámame en cuanto lo hayas hecho.

—Ahora hablemos de otra cosa, nena. Por ejemplo, de nosotros. Ese es un buen tema.

Para iniciarlo, él la rodeó con sus brazos y estuvieron besándose un buen rato.

Era una manera como otra cualquiera de entrar en materia...

3

Frank Munther era un hombre macizo, cuadrado y altivo. Su carrera como diplomático, había estado sembrada de escollos que él había sabido sortear con astucia y habilidad, enterrando un pasado que era mejor destruir desde sus cimientos.

A pesar de que ya había rebasado la barrera de los cincuenta y cinco, parecía mucho más joven.

Su puesto en la embajada alemana era de gran responsabilidad, cosa que le convertía en alguien prácticamente insustituible tanto en las conferencias diplomáticas como en las recepciones en las que brillaba con su agudeza, simpatía y perfecto dominio del idioma inglés.

Tenía su residencia en las afueras de Washington. Una casa soberbia desde cuyos jardines se divisaba una bella panorámica con el río Potomac, y los grandes bosques oscuros como telón de fondo.

A veces, como en esa noche veraniega, se encerraba solo en su biblioteca y mientras saboreaba un coñac y un aromático cigarro puro, recordaba cosas de su vida pasada, de los terribles años de guerra, de la espantosa derrota sufrida por Alemania.

Sólo en esas ocasiones permitía que su mente volara hacia atrás.

Porque había cosas que no deseaba recordar ni siquiera cuando estaba solo. Episodios que había enterrado para siempre y que nada podría revivir jamás.

Tomó un sorbo de coñac y se sorprendió de que la copa estuviera ya vacía. Dudó entre llamar a la sirvienta o no.

Decidió que no. Cuando se encerraba allí no permitía que nadie turbara su plácida soledad.

Sólo que esa noche justamente alguien iba a alterarla.

Oyó el ruido en la cristalera abierta que comunicaba con el oscuro jardín.

Había un hombre allí.

Munther se irguió, sorprendido.

—¿Qué está haciendo aquí? —exclamó, indignado.

—Cálmese —dijo el hombrecillo—. Necesito hablar con usted.

Estaba hablando en alemán, a pesar de que él lo había hecho en inglés.

Adoptó también el alemán para decirle:

—¡Salga inmediatamente o haré que le detengan!

—Le dije que se calmara..., capitán Munther.

—¿Qué?

—Usted era capitán en el campo de concentración. Luego se lo llevaron para agregarlo al servicio secreto. Le fabricaron una documentación completa, nueva..., tan nueva como su personalidad. ¿Recuerda?

El hombrecillo hablaba pausadamente, casi con timidez, como disculpándose por invadir la intimidad del diplomático.

Este, extremadamente pálido, murmuró:

—¿Quién es usted?

—¿Qué importa eso ahora? Puede llamarme Mitchell..., John Mitchell es un nombre tan bueno como otro cualquiera.

—No comprendo qué se propone.

—¿No me recuerda usted, capitán Munther?

—¡No me llame capitán!

—Está bien.

—No —murmuró el diplomático—. Nunca le he visto antes de ahora.

—Me vio una vez, cuando le cambiaron la personalidad, en Berlín.

Munther se estremeció.

Había enterrado el pasado tan profundamente que hasta creyó olvidarlo él mismo.

Y ahora, el pasado volvía, vivo, amenazador.

—Dígame a qué ha venido.

—A usted le enviaron a este país. Una misión altamente secreta que usted llevó a cabo en el tiempo fijado. Quiero saber qué hizo usted cuando estuvo en Florida..., en el año cuarenta y cinco.

Munther fue hacia donde estaban los licores y se llenó la copa otra vez. Después, volviéndose, miró al hombrecillo.

Era un ser insignificante, pálido y arrugado. Hubiera podido aplastarlo con una sola mano...

Pero una extraña fuerza parecía desprenderse del desconocido, quizá la fuerza amenazadora de un pasado que no estaba tan muerto como él creyera...

—Todo eso es absurdo —dijo—. Aquello sucedió durante la guerra. No tiene nada que ver con el presente.

—Yo opino que sí. ¿Quiere usted decirme la verdad, Munther?

—¿Y después?

—No entiendo.

—Cuando se lo haya contado. ¿Qué hará usted, destruir mi carrera, pregonar que fui espía alemán que entró y salió en este país en misión de guerra?

—No diré una palabra. Todo lo que necesito es una confirmación a mis propias ideas... a lo que creo saber.

—¿Cómo me conoció?

—Yo fabriqué su nueva personalidad. Pasaportes, documentos de identificación... todo. Ese era mi trabajo, entonces.

—Ya recuerdo... el grabador que intervino también en otras operaciones de falsificación.

—Exacto.

—Supe que le detuvieron...

—Fui juzgado y sentenciado por mi participación en el asunto de las libras y los dólares falsos. ¡Veinticinco años muertos, capitán!

—Lo siento.

—¿Lo siente? —el hombrecillo sonrió sin humor—. No importa ya..., es parte de mi vida. Ahora hable usted.

El diplomático se recostó en la butaca. Dudaba aún sobre la mejor manera de eliminar aquella amenaza, aquel pedazo de pasado que surgía tan inoportunamente en su plácida vida actual.

—Se lo diré —murmuró—. Pero ni yo mismo sé exactamente para qué sirvió aquello. Fue una especie de investigación rutinaria, extremadamente fácil, una vez me introduje en el país. Para

entonces, yo hablaba ya el inglés tan perfectamente como ahora.

—Al grano, por favor.

—Querían saber con todo detalle la vida de un prisionero. Su nacimiento, si existía familia, quiénes eran sus amigos, dónde trabajaba, dónde vivía y qué aficiones eran las suyas mientras estuvo viviendo en Homestead.

—¿Eso fue todo?

—No hubo más. Lo hice con discreción y me llevó unas dos semanas concluir el trabajo.

—¿El nombre de ese prisionero?

—Nunca lo olvidé... Martín Glaub.

El hombrecillo cabeceó. Luego murmuró:

—¿Qué supo usted de él?

—¿En Florida?

—En el campo de concentración.

—¡Oh, entiendo! Murió... en realidad, fue sentenciado a muerte cuando yo presenté mi informe.

—Claro, es lo que sucedió...

—¿Puede decirme por qué se interesa por algo tan remoto?

El hombrecillo se encogió de hombros.

—Sería muy largo de explicar, y carezco de tiempo. He de recobrar el que perdí, enterrado durante veinticinco años... Igual que muerto, ¿comprende? Mientras usted vivía, y ascendía, y gozaba de la vida...

—Tuve suerte.

—Su suerte terminó, Munther.

—¿Qué dice?

—Me lleva mucha ventaja. Ha vivido veinticinco años que para mí han estado muertos. Es justo que ahora cambiemos los papeles.

—No comprendo. Es imposible cambiar el pasado.

—Tan imposible como olvidarlo. Y usted lo recuerda, capitán Munther. Recuerda demasiado.

La mano derecha del hombrecillo se elevó. El diplomático vio la pistola automática cuyo cañón era algo monstruoso a causa del largo silenciador que llevaba aplicado.

—¡No, espere...!

Su voz se extinguió en medio del sordo chapoteo de la pistola. Las balas zarandearon el gran cuerpo de Frank Munther,

diplomático, ex capitán de un campo de exterminio, ex espía eventual... y ex hombre vivo.

La copa de coñac se hizo añicos en el suelo.

Fue todo el ruido que turbó el silencio, porque el corpachón del diplomático quedó profundamente hundido en la butaca, con la sangre tiñendo su impecable camisa blanca...

El hombrecillo guardó la pistola, dio media vuelta y se hundió en la oscuridad del jardín.

Dos horas más tarde emprendía el vuelo de regreso a Florida, en un avión repleto de gentes que se dirigían a gozar de sus vacaciones en el paraíso del sol, del placer y de la vida.

Nadie supo nunca que hicieran el viaje en compañía de la muerte.

4

Steve colgó el teléfono, disgustado.

—No sé dónde diablos se ha metido, pero no contesta.

Laurie se encogió de hombros.

—Mira, Steve, vamos a olvidamos de eso, ¿quieres?

—¿Por qué? Tú lo empezaste, si no recuerdo mal.

—Pero ahora prefiero olvidarlo. Es como si se interpusieran entre nosotros.

—Todo lo que pretendo es hablar con Martín.

—¿Y qué podrá decirte, que una vez existió un pariente suyo del que apenas recuerda nada? Además, Steve..., mamá está preocupada. Sé que lo está a causa de éste asunto, de la visita del hombrecillo. Si supiera que nos interesamos por el hombre que murió se enfadaría. ¿Comprendes?

—Está bien, querida, lo que tú quieras.

La besó fugazmente, porque ella se levantó de un salto.

Estaban en una salita de la casa de Gables Road.

—Voy a cambiarme de vestido y saldremos a divertirnos, Steve. Si mamá nos pilla aquí se empeñará en que nos quedemos a cenar.

—Entonces, date prisa.

Al quedar solo, Steve dio unos pasos inciertos de un lado a otro. A pesar de todo, aquel asunto le intrigaba. Quizá fuera por su profesión, o porque era algo que había llegado a través de la mujer que amaba, pero no podía dejar de pensar en ello sin tregua.

Por otra parte, ¿dónde estaba Martín Glaub? En dos días no

había podido localizarlo. Sabía que entregó el cuento a la redacción en el plazo fijado, que lo cobró y que salió diciendo que iba a descansar una semana..., pero, ¿dónde?

Se encogió de hombros, disgustado a su pesar.

Entonces oyó la puerta de la casa y suspiró.

Instantes después, la madre de Laura entró y le dedicó una sonrisa poco cordial.

—He visto tu coche fuera, Steve —explicó—. ¿Dónde está Laurie?

—En su cuarto, cambiándose de ropa. A usted no le pregunto cómo está porque puede apreciarse a simple vista. ¿Sabe que le pregunté a Laurie cómo se las arreglaba usted?

—¿Cómo me arreglaba para qué?

—Para conservarse siempre tan bella.

—Adulador..., ése es un intento de conquistar a la suegra, ¿eh?

—Le aseguro que...

Ella le interrumpió con un ademán.

—No insistas, Steve, aunque me alegra oírtelo decir. ¿Vais a cenar en casa?

—Este... no lo sé. Laurie pensaba...

—Y tú, ¿qué piensas?

—Usted es una excelente cocinera.

—Entonces deberías casarte conmigo —rio la mujer, abandonando el bolso sobre un estante—. Cenaréis aquí.

Él asintió, incapaz de oponerse. Por un instante ella permaneció frente a él, rígida, mirándole.

Steve empezaba a sentirse incómodo cuando Helen Waring dijo con voz contenida:

—Sé que mi hija te ha hablado de lo que ocurrió aquí hace dos días.

—¿Se refiere a la visita del hombrecillo?

—A eso precisamente. Por favor, haz que lo olvide. No fue nada importante, Steve.

—Ella estaba preocupada por usted.

—¡Pero si yo no lo estoy!

Él hubiera querido decirle que mentía, que el miedo se reflejaba en sus ojos tan claramente como si estuviera escrito en las páginas de un libro.

Sólo que temió complicar más las cosas y asintió con un gesto.

—Como usted diga.

—Prepararé la cena en un minuto.

Al quedar solo volvió a pensar en la inconfundible expresión de la mirada de aquella mujer. ¿Por qué había de sentir miedo a causa de un hombre que murió veinte años atrás?

—¿Cómo me ves, querido?

Se volvió en redondo. Laurie estaba allí, radiante dentro de un leve vestido acampanado que dejaba sus hombros al descubierto.

—Como un sueño, primor. ¿Has oído llegar a tu madre?

—No...

—Está preparando la cena para los tres.

—¡Oh, no!

—No pude negarme. De todos modos saldremos después de cenar.

—A veces pienso que mamá es demasiado posesiva, y tú demasiado condescendiente.

—Tienes razón, linda.

La muchacha miró por encima del hombro hacia la puerta, más allá de la cual se escuchaba el trasteo de su madre en la cocina.

—Steve, ¿te ha dicho algo?

—Quiere que no hablemos de este asunto. Dice que no es nada importante.

—Lo es cuando ella tiene tanto miedo.

—¿Tú también lo has notado?

—Cualquiera que la conozca a fondo lo notará. ¿Por qué, Steve? Una persona no se asusta de un hombre muerto hace veinte años.

—No estropeemos esta noche también, querida. Vamos a darle la sensación de no preocuparnos en absoluto por ella. Una velada tranquila y en paz, antes de salir a divertirnos un poco.

—Está bien. ¿Vamos?

Él la besó rápidamente y luego, rodeándole la cintura con su brazo, echaron a andar hacia donde la mujer preparaba la cena, como prólogo a una noche tibia y sensual en la que vivirían solamente para el amor.

* * *

La casa se alzaba en lo alto de las rocas, sobre el mar y entre unas cuantas palmeras que habían resistido el paso de multitud de

huracanes.

Cayo Grande era uno de los islotes que forman la cadena al sur de Florida; una cadena de rocas más o menos extensas, algunas pocas, habitadas, y la mayoría inhóspitas y desérticas, abruptas, barridas por los temporales que suelen azotar regularmente los estrechos de Florida.

Cayo Grande, haciendo honor a su nombre, era uno de los islotes más extensos. Su forma semejava, visto desde el aire, la de un caimán en reposo, y en su accidentada topografía se alzaban cuatro o cinco construcciones.

Eran residencias de vacaciones, cerradas la mayor parte del año, excepto una, la casa de piedra habitada de un modo permanente por su propietario, Clayton Boyen, un hombre de negocios retirado.

Cuando el hombrecillo que se hacía llamar John Mitchell avistó el islote se sorprendió una vez más ante el paisaje de Florida. Luego, desde la potente motora, manejada por un mestizo, fue descubriendo las pequeñas ensenadas, las barreras de coral casi a flor de agua, el palmeral, y la casa de piedra sobre el acantilado.

El mestizo la señaló.

—Esa es, señor —anunció—. Hay unos escalones en las rocas, y cuando entremos en la ensenada verá el embarcadero. El señor Boyen tiene dos embarcaciones y...

—No vayamos a entrar en la ensenada. Ya puede volver atrás.

—Pero yo pensé que iba a desembarcar, señor...

—Sólo quería dar un paseo y un vistazo. Regresemos a la ciudad.

El mestizo obedeció, pensando únicamente en su paga.

Anohecía. Sobre el mar en calma flotaba el calor del día.

—¿Dijo usted que poseía dos embarcaciones?

Su voz arrancó un gruñido al mestizo.

—¿Se refiere al señor Boyen? Sí, una motora y un yate de altura.

—¿Le conoce usted personalmente?

—Nunca hablé con él, pero lo tengo visto cuando viene al puerto. A veces da fiestas y alquilan nuestras embarcaciones para trasladar a los invitados.

—¿Vive mucha gente en la casa?

—Toda la familia, naturalmente, aunque no sé cuántos son.

El hombrecillo volvió a cerrar la boca.

Cuando llegaron al puerto, pagó lo convenido y añadiendo unos

billetes dijo:

—No hable con nadie de mi excursión y podrá ganar mucho más dinero en el futuro.

—No diré una palabra, patrón. Vuelva usted pronto por aquí.

El hombrecillo se alejó caminando sin prisas. La noche caliente del verano en Florida sacaba a las gentes de sus casas y las calles de la población estaban llenas.

Él no les prestaba atención. Tenía un problema y quería resolverlo.

Un complicado problema para el que, probablemente, iba a necesitar ayuda. Pero una ayuda muy especial...

Eso era parte del problema también. Él era un extraño en el país, no conocía a nadie y menos a la gente que necesitaba.

Pero era astuto..., endiabladamente astuto. Sonrió.

No daría un paso más hasta resolver ese problema.

Iba a necesitar gente..., tres o cuatro hombres por lo menos.

Sólo que la clase de hombres que necesitaba no podían solicitarse a través de los anuncios en los periódicos.

Debía resolverlo con su astucia. Y al mismo tiempo asegurarse una salida final, una seguridad absoluta cuando la empresa estuviese terminada.

Comenzó a sentirse nervioso a medida que avanzaba por las calles. Como siempre que algo se le resistía, algo se agitaba en su interior, una fuerza oculta, letal, que turbaba su mente y le convertía en un ser excitable y peligroso.

Durante veinticinco años, esos ataques de furor casi incontenible había debido ahogarlos entre rejas y guardianes.

Ahora deseaba darles rienda suelta.

Sólo que la fuerza de su razón le frenaba.

Llegó al pequeño hotel de tercera categoría en que se alojaba y subió a encerrarse en la habitación.

No pensó en la cena siquiera. Tendido sobre el lecho, con las manos bajo la nuca, dejó pasar el tiempo mirando fijamente al techo, como si allá arriba pudiera surgir la solución final.

Lo único que había allí, para él, era las imágenes muertas del pasado, algo que le parecía ver igual que en una película que pasara a una velocidad increíble...

Hombres y mujeres, rostros, situaciones, un hombre encorvado

sobre una mesa trabajando con delicados buriles..., un hombre que era él mismo...

Y luego la muerte reinaba sobre ese pasado.

No durmió en toda la noche, absortó en su problema. Al fin, al amanecer, creyó haber hallado la solución y cerró los ojos cansadamente...

* * *

El escritor, perplejo, murmuró:

—No comprendo una palabra, Steve. ¿Has bebido más de la cuenta o qué pasa contigo?

—Te repito que alguien llamado igual que tú murió hace veinte años, y que ahora un hombre ha aparecido en la ciudad haciendo averiguaciones sobre el muerto.

—¿Estás seguro de que se llamaba Martín Glaub?

—Absolutamente. Pensé que quizá fue un pariente tuyo.

—No tuve nunca un pariente de ese nombre. En realidad, no me queda familia alguna, pero si hubiese habido uno de ese nombre forzosamente lo recordaría.

—Bueno, entonces sólo queda la casualidad de dos hombres con el mismo nombre, sin ser parientes siquiera.

—O casualidad, o error. Me inclino por eso último.

—Escucha, Martín; la cosa me intrigó al estar relacionado todo con Laurie y su madre. Hice algunas averiguaciones y resultó que ese individuo fue enterrado hace veinte años. He visto la lápida y la ficha de la empresa de pompas fúnebres. Allí me dijeron que otro hombre había hecho las mismas preguntas... y su descripción correspondía con el hombrecillo que visitó a Laurie.

—Todo eso podría ser simple coincidencia si hubiera sucedido en dos ciudades distintas. Pero aquí, en Homestead, dos personas con idénticos nombres hubieran llamado la atención, sobre todo veinte años atrás, cuando este lugar era mucho más pequeño y casi todo el mundo se conocía.

—Entonces, ¿cómo lo explicas?

—No tengo ninguna explicación, pero te aseguro que me gustaría saber más al respecto.

—Hay una cosa que me intriga, y es la extraña actitud de la madre de Laurie, tal como te he contado.

El escritor se encogió de hombros.

—Eso puede tener infinidad de explicaciones, muchacho.

—¿Tú crees? Me gustaría saber por lo menos una.

Martín Glaub se rascó la nuca, sonrió alborotándose el crespo cabello y luego dijo:

—Voy a dártela, aunque sea algo parecido a una historia de las que publican en la Prensa sensacionalista. Tú dices que la madre de Laurie es toda una belleza, ¿no es cierto?

—Sin duda. A pesar de los años se conserva esbelta, tiene una piel tersa y un rostro hermoso. ¿Por qué?

—Bien, si ahora es así, cabe imaginar que veinte años atrás sería algo sensacional, ¿eh?

—Seguro.

—Eran tiempos duros aquellos, Steve. Imagina que ella no lo pasaba demasiado bien, y estando así las cosas aparece un individuo que se llama como yo para alquilar una habitación.

—Creo que ya veo a dónde quieres ir a parar.

—Seguro que lo ves. Si el individuo era atractivo, apasionado o qué se yo, ella pudo sentirse subyugada. Quizá cometió el único desvío de toda su vida, pero lo cometió. Nadie lo supo nunca, y el hombre murió poco después. Bueno, ahora aparece alguien interesándose por el hombre muerto... ¿Es tan extraño que el recuerdo la turbe?

—Has hecho toda una historia romántica, amigo, pero olvidas que ella no está solamente turbada, sino asustada.

—Eso es difícil de precisar, basándose solamente en su mirada.

—Estoy seguro.

Martín dio un respingo.

—¡Espera un minuto! Todo eso sucedió hace veinte años... ¿Es así?

—Ciertamente.

—¿Cuántos años tiene Laurie?

Steve gruñó:

—No sigas por ese camino...

—¿Qué demonios te pasa a ti? Ella puede ser el fruto de ese amor fugaz de su madre con el desconocido. ¿Cambiarían las cosas para ti si fuera cierto?

—En absoluto, pero...

—En el fondo eras un sentimental. Pero si eso ha de aliviarte,

puedo idear un par de soluciones más para tu problema.

—No, gracias, bastardo, con una es suficiente. Si continuas empezaré a dudar hasta de mi propio origen.

—Y ahora volvamos al hombrecillo... A propósito, ¿por qué le llamas así, es pequeño, débil, contrahecho o qué?

—No lo sé. Laurie le nombra siempre de ese modo.

—Bien, volvamos a él. ¿Extranjero?

—Tiene un ligero acento extraño según las mujeres.

—Y conoció al supuesto Martín Glaub durante la guerra, en Europa... Esa parte de la historia es la que más me intriga.

—¿Por qué?

—Yo estuve en la guerra, muchacho.

—Tú y algunos millones de hombres más.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No muy bien.

—Imagina que es a mí a quien anda buscando.

—Tú estás loco.

—¿Por qué? Pudo haberme conocido allí... antes o después de que cayera en manos de aquellos salvajes. Quizá él estuvo preso también...

—Tonterías. No cabe duda que busca al otro tipo con tu mismo nombre, puesto que es su pista la que siguió hasta el final.

—Pero imagina que es a mí a quien anda buscando. ¿Por qué, después de tantos años?

—Esa es una buena pregunta para hacérmela a mí. ¿Olvidas que pertenezco a la generación que nació casi al final de la guerra?

—Una generación afortunada —rezongó el escritor, ceñudo y preocupado—. No cabe duda que el motivo que impulsa a ese individuo, a ese extraño hombrecillo, debe ser algo poderoso para que le haga buscar a un hombre que conoció hace veinticinco años o más... y que nunca volvió a verlo.

Steve encendió un cigarrillo. Pensativo, murmuró:

—Cuanto más hablamos de este asunto más me interesa.

—Es lógico; contiene todos los ingredientes para un buen reportaje... y tú eres un buen reportero, muchacho.

—Mi futura suegra no opina igual —rió Steve—; ella piensa que soy un haragán, una especie de parásito o algo así.

—Debe ser una mujer con ideas fijas. Escucha, ¿por qué no

profundizas un poco más sobre todo esto? Tal vez haya materia suficiente para un reportaje, o por lo menos para una de mis historietas.

—Quizá lo haga. Pero sería preciso localizar primero a nuestro hombrecillo, Martín, y sólo Dios sabe dónde estará a estas alturas.

—Tiene un nombre, ¿no?

—John Mitchell.

—Y es forastero por lo que parece.

—Seguro.

—Entonces, pregunta en los hoteles. A menos que piense residir aquí largo tiempo y haya rentado un apartamento, lo lógico es pensar que esté alojado en un hotel.

—¿Qué es lo que pretendes exactamente, Martín, que te dé el trabajo hecho?

—Es tu trabajo, muchacho. El reportero eres tú.

Steve suspiró resignadamente.

—Veré qué saco en limpio —decidió al final—. Lo haré, aunque sólo sea para tranquilizar a Laurie.

—Si consigues localizarlo, avísame. Quiero ver a nuestro amigo yo también.

—¿Para uno de tus cuentos cortos?

Una sombra nubló la mirada del escritor.

—Quizá sea una historia larga esta vez —murmuró.

Steve le observó con el ceño fruncido.

—¿En qué estás pensando exactamente?

—En el pasado.

—¿Por qué ahora precisamente?

—Porque ese hombrecillo parece haber surgido del pasado... de unos años de horror como nunca hubo otros. Sólo por eso, Steve, ¿comprendes?

—Creo que sí.

Levantándose, abandonó el estudio del escritor y fue en busca de su coche.

Sacó el convertible del estacionamiento y condujo sin prisas hacia el distrito de la playa, donde se aglomeraba la mayor cantidad de hoteles de la ciudad.

Tanto daba empezar por uno como por otro, así que era preferible iniciar la búsqueda allí donde fuera más fácil.

Sólo que resultó más difícil de lo que creyera en un principio.

Durante todo el día hizo preguntas, entró en multitud de hoteles y volvió a salir de ellos como si rebotase.

Hasta la noche no se dio por vencido, y para entonces era ya demasiado tarde para reunirse con Laurie.

Rezongando, disgustado, se dirigió a su propio apartamento para cambiarse de ropa, ducharse y volver a salir.

Empezaría con los hoteles de segunda categoría hasta agotar las últimas posibilidades.

5

Dan Greeley despertó a media mañana. El sol se filtraba por entre las tiras de la persiana metálica y un dorado polvillo flotaba en el aire como anticipo de un día tan caluroso como los anteriores.

Greeley se desperezó, la mente en blanco, todo el cuerpo relajado.

Inesperadamente, su cerebro comenzó a trabajar y la cosa no le gustó porque hubo de recordar la noche pasada y lo que había hecho...

Se estremeció.

Saltó del lecho, gruñendo entre dientes. Greeley era poderoso, tenía dinero y hombres dispuestos a todo bajo su mando. Sin embargo, en ocasiones, nada de esto servía para maldita cosa, sobre todo cuando se trataba de asuntos tan delicados como el de la noche anterior.

Después de ducharse se vistió. Su traje había costado cuatrocientos dólares. Todo lo que usaba Dan Greeley era de alto precio, desde los trajes hasta las mujeres.

¡Mujeres! Hizo una mueca al pensar en ellas, y concretamente en aquella estúpida...

La odiaba. Era curioso que pudiese odiarla incluso ésa mañana.

Y, sin embargo, sentía un odio feroz contra ella, quizá porque le había obligado a hacer personalmente algo tan nauseabundo...

Nunca debió darle tanta beligerancia en sus asuntos, por supuesto. Le serviría de experiencia para futuras situaciones

semejantes.

Durante todo el día atendió sus asuntos privados. Era un hombre de múltiples intereses, que iban desde el juego más o menos clandestino hasta el control de un sector de la prostitución en el sur de Florida.

Al llegar la noche cenó en un lujoso restaurante y después se hizo llevar al Pelicano, un club lujoso en la costa y en el que tenía intereses.

Fue allí, mientras revisaba unas cuentas en la oficina privada, donde le anunciaron la presencia del hombrecillo.

—¿Qué diablos quiere el tipo? —rezongó, impaciente.

—Sólo dijo que tiene algo muy importante para hablar con usted —puntualizó el gorila de turno—. Es un alfeñique al que podría partir por la mitad con un soplido.

—Si lo que quiere es presentar una reclamación, mándalo al encargado de abajo.

—Insiste en hablar con usted. No creo que se trate de una reclamación.

—¡Maldita sea! Tráele de una vez.

Cuando vio entrar al desconocido, Greeley respiró con alivio. Realmente, era un ser insignificante al que cualquiera haría pedazos con una sola mano...

—Yo soy Dan Greeley —tronó, impasible—. ¿Qué es eso tan importante que desea tratar conmigo?

El hombrecillo miró hacia las alturas, a la cara del corpulento individuo que le había acompañado.

—¿Debemos hablar con testigos, señor Greeley?

—Minsky es ciego, sordo y mudo a menos que yo le ordene lo contrario.

—Ningún hombre lo es. Todos tienen un precio.

—¿De qué habla?

El hombrecillo se acercó a la mesa. Minsky se recostó contra la puerta cerrada. Era la imagen viva del más absoluto aburrimiento.

Greeley hizo un gesto de fastidio.

—No me haga perder el tiempo. Empezé por decirme quién es usted y qué quiere. Tengo mucho trabajo.

—Vengo a hacerle una proposición.

—¿Sí?

—Verá, yo necesito cierta ayuda... tres o cuatro hombres resueltos, de confianza. Al principio no sabía cómo encontrarlos, ¿comprende? Después, hice algunas averiguaciones. Su nombre suena mucho, señor Greeley. Decidí que me interesaba entrar en contacto con usted.

—Todavía no me ha dicho nada.

—Quiero que se asocie conmigo, eso es todo.

Greeley soltó una carcajada.

Desde la puerta, Minsky gruñó:

—Está chiflado, patrón.

El hombrecillo no pareció inmutarse, aunque su actitud seguía siendo la de un ser desplazado, desvalido más bien.

Greeley dijo con hiriente sarcasmo:

—Es usted un tipo importante, ¿eh? Alguien poderoso, con grandes negocios, ofreciéndome asociarse conmigo...

—No entendió. Es usted quien va a asociarse, señor Greeley.

—¡No me diga!

Estaba divirtiéndose. De vez en cuando, sentirse inmensamente grande, superior, era reconfortante.

Y ante aquel pequeño renacuajo Greeley sentíase poco menos que un coloso.

—De modo que voy a asociarme con usted —cacareó—. Lo dudo mucho..., a menos que pueda darme una razón muy sólida. Una sola razón, mi pequeño amigo.

El hombre metió la mano en el bolsillo lateral de la chaqueta de sarga azul. Instantáneamente, Minsky empuñó un enorme revólver y advirtió:

—¡Saque esa mano vacía si no quiere que le parta por la mitad!

El hombrecillo sacudió la cabeza.

—¿Piensa que voy a sacar una pistola? No sea ridículo.

Extrajo un sobre normal que dejó sobre la mesa, diciendo:

—Esta es una razón, señor Greeley.

Perplejo, éste tomó el sobre. No estaba cerrado, de modo que no le costó ningún trabajo sacar la fotografía que contenía.

Sintió como si la tierra se abriera bajo sus pies, al tiempo que un agudo zumbido vibraba en su cabeza como si acabara de caer en el torbellino de una turbina.

La fotografía no era demasiado clara, pero sí lo suficiente para

ver una escena terrible. Un hombre tenía sujeta a una mujer por la garganta. La estrangulaba, y el rostro de la víctima, contorsionado era una carátula de dolor y espanto.

El hombre era él, Dan Greeley.

Se quedó mudo, petrificado.

—Ahora es cuando creo que está usted loco —bufó al fin, dominándose a duras penas—. Acaba de firmar su sentencia de muerte.

—Pensé que diría algo semejante.

—No era difícil imaginarlo. Lo que no entiendo es qué le ha impulsado a venir aquí... con esto.

—Necesitaba algo con que convencerle, algo que le obligase a secundar mis planes.

—¿Y espera haberlo conseguido sólo con esta foto?

—Estoy seguro.

—Minsky, dile a los muchachos que saquen el coche grande. Iremos a dar un paseo con nuestro pequeño amigo.

Minsky soltó una risita. Abrió la puerta y salió.

En la mano de Greeley, apareció una automática, que asomó su negro ojo por encima del tablero de la mesa.

—Ahora, mientras esperamos a mis hombres, cuénteme cómo obtuvo esa foto, cómo estaba usted allí y cómo pudo sacarla, a oscuras, y sin que yo me diera cuenta.

—Pasé muchos días siguiéndole, ¿sabe usted? Esperaba que hiciera cualquier cosa que le pusiera en mis manos... Ya desesperaba cuando anoche sucedió. La foto fue obtenida con una cámara de luz infrarroja.

—Ya veo... ¿Dónde está el negativo?

—Ahí es donde reside mi fuerza. Copias de esa foto, además del negativo, viajan en este momento en manos del correo. Mientras usted y yo colaboremos, seguirán viajando. Pero si a mí me sucede algo, el viaje de ese sobre terminará... en manos de la policía federal.

—Muy ingenioso, pero voy a correr ese riesgo. Usted, vivo, es más peligroso que toda una colección de fotografías.

—No cometa más errores Greeley —dijo el hombrecillo, con voz seca—. Le ofrezco la oportunidad de ganar millones en poco tiempo... Los suficientes para retirarse como un rey el resto de su

vida.

—¿Otra fábula?

—Treinta millones no son ninguna fábula —aseguró el hombrecillo.

Greeley se quedó rígido, le faltó el aliento y casi se cayó de espaldas.

—¿Qué pretende, asaltar los depósitos de oro del Gobierno?

El hombrecillo sonrió sin humor alguno.

—Mucho más fácil. Cuando el negocio termine, usted se llevará su parte y recibirá por correo el clisé y las fotos. Para entonces, yo me habré esfumado con mi parte de beneficios y no volveremos a vernos nunca más.

—¿Treinta millones para nosotros dos solos? —jadeó Greeley.

—Para usted solo.

—Es imposible. No lo creeré en todos los días de mi vida.

—Si se tranquiliza y me permite explicárselo lo comprenderá fácilmente.

La mente del gánster era un caos sobre el que giraba la cifra de treinta millones con velocidad de vértigo.

Unos golpes en la puerta le devolvieron a la realidad. Minsky asomó la cabeza y anunció:

—El coche está dispuesto, patrón.

—¡Cierra esa puerta!

—Pero usted dijo...

—¡Fuera, estúpido! Ya te llamaré cuando te necesite.

Estupefacto, Minsky cerró con tanto cuidado como si temiera romper la pesada puerta de madera.

El hombrecillo sonrió.

—Empieza a interesarse, ¿no es cierto, Greeley?

—Continúo pensando que está usted loco y que todo esto es una pesadilla... o una estupidez. Pero le escucharé hasta el final.

—Es suficiente por el momento. Sólo quiero advertirle que al hablarle me coloco en sus manos..., mejor dicho, coloco la fortuna en sus manos. Para que no tenga ideas demasiado... exclusivistas, recuerde el sobre que viaja con el correo.

—¡Maldito sea! No siga frotándomelo por las narices y cuente su historia de una vez.

El hombrecillo se echó atrás en la butaca, buscó en sus bolsillos

y al fin encontró un cigarrillo arrugado. Lo enderezó con sumo cuidado antes de llevárselo a los labios y encenderlo.

Lanzó el humo hacia el techo. Su mirada apagada se volvió soñadora, como si evocara en su mente un recuerdo grato de un tiempo mejor.

Después dijo:

—Todo empezó durante la guerra, en Alemania...

* * *

El empleado no necesitó mirar el registro.

—Tenemos un huésped llamado así —dijo—. Habitación treinta y seis.

—Ya desesperaba de encontrarlo —suspiró Steve—. ¿Está en la habitación ahora?

—Salió a última hora de la tarde y aún no ha regresado. Estos últimos días acostumbra pasar fuera parte de las noches.

—Le gusta divertirse, ¿eh?

Aburrido, el recepcionista se encogió de hombros.

—No tiene aspecto divertido precisamente. ¿Es usted amigo suyo?

—No exactamente —elaboró rápidamente un plan y añadió—: Él y yo acordamos un negocio. Me dio un teléfono y lo perdí. Supongo que sería el teléfono de este hotel. Me ha costado un trabajo endiablado localizarle.

—Entonces, no le queda más solución que esperar, aunque cualquiera sabe si él regresará antes del amanecer.

Steve depositó un billete sobre el roñoso mostrador.

—Me gustaría esperarle en la habitación. Estoy rendido y aprovecharía el tiempo para descansar hasta que Mitchell regrese.

—No es muy correcto, pero por mí...

Se embolsó el dinero y le dio una llave a cambio. Steve se encaminó a las escaleras sin que el aburrido empleado se interesara más por él.

La habitación estaba en orden, aunque las ropas de la cama aparecían arrugadas, como si alguien hubiera pasado un tiempo tendido sobre ella.

Dio un vistazo al reducido equipaje esparcido por el armario.

Había ropas sencillas, de poco precio, y nada más.

En el cuarto de baño descubrió algo más.

Una cámara fotográfica de gran calidad, equipada con un flash electrónico de luz infrarroja, le llamó la atención. También había unas cubetas para revelado y distintos materiales fotográficos, y frascos de productos químicos para ese revelado y fijado de fotografías.

Todo era nuevo, flamante, y no debía haber sido utilizado más de una o dos veces.

Intrigado, Steve trató de adivinar con qué fines, pero desistió.

Había mucha gente que estaban chiflados por la fotografía, aficionados que consideraban casi un sacrilegio que alguien que no fuera ellos manipulara sus negativos.

Quizá John Mitchell fuera uno de éstos.

Regresó al dormitorio y realizó otro examen profundo de cuanto contenía.

No encontró nada.

Desalentado, se tumbó en la cama y esperó largo tiempo el regreso del hombrecillo.

Luego, aburrido, se levantó y salió.

El recepcionista dormitaba detrás del mostrador. Steve dejó la llave sin hacer ruido y abandonó el viejo establecimiento más intrigado que nunca.

Volvió avanzada la mañana. El empleado del mostrador era otro, más viejo que el que conociera durante la noche anterior.

Como no le prestó ninguna atención, Steve subió directamente a las habitaciones y llamó en la puerta de la treinta y seis.

Hubo de repetir la llamada, y sólo entonces escuchó el gruñido de los muelles de la cama, y una voz soñolienta que protestaba:

—¡Dejé dicho que no quería ser molestado esta mañana!

—No soy empleado del hotel, señor Mitchell. Quiero hablar con usted.

Hubo un silencio. El hombre titubeaba.

Al fin, la puerta se abrió.

Steve vio a un individuo bajo, delgado cubierto por un pijama barato y arrugado.

—¿Quién es usted? —preguntó John Mitchell.

—Me llamo Carson. ¿Puedo entrar?

—Dígame primero qué es lo que quiere.

—Temo que sea algo laborioso de explicar. Se trata de su visita a

una casa de Gables Road.

—¡Oh! Pase...

Entró y el hombrecillo cerró la puerta.

La habitación olía a rancio. Mitchell fue a la ventana y la abrió, dejando entrar la luz y el sol.

—Hable —dijo abruptamente—. Supongo que aquella mujer no le habrá presentado alguna queja contra mí. No creo que se sintiera ofendida por mi visita.

—En absoluto.

—¿Entonces?

—Laurie me contó lo sucedido y me intrigó.

—¿Laurie?

—La muchacha que le recibió a usted.

—Ya recuerdo. ¿Por qué le intrigó a usted? Con franqueza, no logro comprenderlo. Yo me limité a preguntar por un hombre que murió hace veinte años..., en aquel entonces usted debía ser un niño.

—Se interesó usted por Martín Glaub.

—Sí, así es. Era amigo mío y al venir a este país pensé visitarlo.

—¿Después de tantos años?

El hombrecillo esbozó un gesto de irritación.

—No estoy obligado a darle explicaciones, señor Carson, pero no quiero que haya malos entendidos en un asunto tan sencillo como éste... Martín Glaub y yo nos conocimos durante la guerra, en Europa. Y trabamos amistad, pero luego la guerra nos separó. Si le hubiese encontrado ahora, creo que nos habríamos limitado a recordar viejos tiempos y separarnos como dos desconocidos.

—¿Recuerda usted cómo era su Martín Glaub?

—¿Qué quiere decir con eso de “mi Martín Glaub”?

—¿Recuerda usted cómo era entonces?

—Naturalmente.

—¿Y pensaba poder reconocerlo después de más de veinte años?

—Supongo que sí. Oiga, ¿a qué vienen sus preguntas?

—Se lo diré antes de irme, pero quisiera que me hablase usted del hombre que conoció. Le aseguro que tengo buenas razones para preguntárselo, señor Mitchell.

Este empezaba a dar muestras de impaciencia.

—Ignoro qué razones son esas, pero sólo le diré que él y yo...

Bien, pasamos horas muy difíciles juntos. En realidad, nos llevaron al mismo campo de concentración. Las penalidades hicieron más firme nuestra breve amistad. Eso es todo lo que pienso decirle.

—No es mucho.

—Tampoco es nada que le importe a un extraño. Y ahora, si es usted tan amable de darme una explicación por su curiosidad, señor Carson, podremos dar este asunto por zanjado.

—Bueno, usted llegó aquí buscando a un hombre llamado Martín Glaub y se encontró con que había muerto.

—Ciertamente, así fue.

—¿No se le ocurrió pensar que tal vez se tratase de otro individuo con ese nombre?

El hombrecillo parpadeó, asombrado.

—¿Otro Martín Glaub quiere decir?

—Ni más ni menos.

—Imposible.

—¿Por qué imposible?

—El Martín Glaub que yo conocí no tenía familia, estaba completamente solo. Le aseguro que si hubiese habido otro con el mismo nombre en esta ciudad yo lo hubiera sabido.

—Entonces, no sabe duda que sus informaciones no son tan veraces como cree..., porque yo conozco un Martín Glaub, y está completamente vivo.

Esta vez, John Mitchell se tambaleó. Una gran palidez se extendió por su rostro arrugado.

—¿Quiere burlarse de mí?

Steve sacudió la cabeza.

—Sólo con que hubiera dado un vistazo a la guía telefónica lo habría descubierto usted mismo.

—¿Cuántos años tiene ese Glaub que usted conoce? —balbuceó.

—Pasa de cincuenta, aunque nunca se lo pregunté.

—Es increíble...

—¿Por qué?

—Hablaré con él —decidió de pronto—. Si es el mismo...

—Supongamos que lo es.

El hombrecillo se estremeció.

—Me complacerá mucho saber que aún vive, y recordaremos juntos aquellos días terribles.

—Bien, encontrará sus señas en la guía.

El hombrecillo abrió la puerta sin rodeos. Steve pasó junto a él y salió.

Guando volvió a cerrarla se quedó unos segundos recostado contra la madera, absorto, casi temblando.

Luego, presa de una súbita prisa, se despojó del pijama y empezó a vestirse mientras el temor y la ira invadían todas sus sensaciones.

Una vez más, todo amenazaba con escapar a su control.

Tan pronto terminó de vestirse llegó a la conclusión de que en contra de sus propósitos, debería volver a matar...

Antes era preciso asegurarse, no cometer un error. Y en último caso, Dan Greeley habría de comenzar a ganarse su parte en el inmenso botín.

Bajó al vestíbulo, y antes de abandonar el hotel consultó una guía telefónica.

En efecto, allí estaba: Martín Glaub. Anotó la dirección, pero cuando tomó un taxi no le dio aquellas señas, sino las de su flamante socio Dan Greeley.

Fue el corpulento Minsky quien abrió la puerta de la residencia del gánster.

—¿El patrón? —exclamó, sin disimular su desprecio por el hombrecillo—.

—Salió.

—¿Adónde fue? Necesito hablarle con urgencia. ¡Vamos, no pierda más tiempo!

Minsky sintió tentaciones de soltarle un puñetazo sólo para ver en cuántos pedazos quedaba desmenuzado aquel alfeñique.

—Fue a los muelles —dijo a regañadientes—. A comprar una motora.

Sin despedirse, John Mitchell salió zumbando como si le persiguieran.

Minsky barbotó una sarta de insultos dedicados al inquieto visitante. Después, cerró de un portazo y regresó a su butaca preferida, frente al aparato de televisión.

6

Martín Glaub miró al hombrecillo con evidente perplejidad.

—Estoy seguro que esta es la primera vez que le veo —dijo rotundamente.

John Mitchell cabeceó.

—No obstante, reconoce que estuvo usted prisionero en Ebensee.

—Ciertamente, pero no le recuerdo a usted. Y le aseguro que tengo fijas en la memoria las caras de casi todos los desgraciados que se pudrieron en aquel pestilente barracón.

—Si es usted el hombre que busco deberá recordar algo más que las caras de sus compañeros. Algo muy importante para usted.

—¿Se refiere a que me sentenciaron a muerte? Seguro que lo recuerdo..., me dijeron incluso la fecha de la ejecución. En buena lógica, yo debiera haber muerto allí, pero la llegada de las tropas aliadas a las proximidades del campo sembró el pánico y el desconcierto. Eso me salvó la vida.

—Es cierto, explica el hecho de que usted saliera vivo del campo. ¿Qué otras cosas sucedieron, señor Glaub?

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Recuerde..., necesito estar seguro de que fue usted el hombre de Ebensee.

—¿Para qué?

La mirada del hombrecillo permaneció impasible cuando dijo:

—Para confiar en usted, simplemente.

—Todo esto es absurdo. La he dicho ya... No importa —cedió

Martín, disgustado—; le contaré el resto y después hablará usted.

—De acuerdo.

—Si conoció usted los campos de exterminio alemanes ya sabrá en qué condiciones estaban los prisioneros. Éramos piltrafas que se arrastraban como bestias, embrutecidos, hambrientos, apaleados por los guardianes cuando nos obligaban a formar...

—Sé todo eso.

Martín Glaub estaba pálido. Una vez más, recordar aquella vieja pesadilla le hacía daño.

—Sí, claro que lo sabe. Se hizo público después... El mundo supo cómo nos exterminaban, cómo realizaban salvajes experimentos con los desgraciados sentenciados a morir. Pero no supieron con cuánta impaciencia esperábamos nosotros la muerte, porque morir significaba la liberación definitiva de aquel infierno de pesadilla. Por eso, cuando una mañana me sacaron a rastras del barracón, me alegré. Si me gaseaban dejaría de sufrir y todo acabaría rápidamente. Aquella era una muerte piadosa.

Calló, estremecido por los recuerdos.

Impaciente, el hombrecillo gruñó:

—¡Continúe!

—No me llevaron a las cámaras de gas, sino a la oficina del comandante del campo. Había allí otro hombre que no había visto nunca, y un médico.

—Ajá, así debió suceder... Pero, siga usted.

—No hay más. El médico me dio una inyección. Recuerdo que todo empezó a girar a mi alrededor..., me drogaron y no sé nada más. Con el tiempo llegué a la conclusión de que me aplicaron una fuerte dosis de escopolamina. ¿Comprende? El “suero de la verdad”, aunque nunca pude comprender por qué lo hicieron.

—Yo sí... ¿No le dijeron nada revelador después de la experiencia?

—No..., sólo que me habían sentenciado a muerte.

—Ahora me toca a mí, señor Glaub.

—Le escucho, aunque no sea yo el hombre que usted vino buscando.

—No se me ocurrió pensar que le dejaron vivo después de aquello.

—¿Usted sabía lo que pasó en aquella maldita oficina?

—Sí.

—Entonces..., ¿quién es usted?

—No se esfuerce, no llegó usted a verme siquiera, aunque yo estuve allí unos minutos, cuando usted aún seguía inconsciente, delirando.

—¿Que usted...?

Glaub se había levantado y sus ojos fulguraban. No comprendía nada de todo aquello, ni la razón por la que el hombrecillo estaba justamente en su apartamento, mirándole con sus ojos inexpresivos...

—Tranquilícese, Glaub. Voy a revelar algunas cosas, pero antes, espere un momento...

Se dirigió a la puerta. Antes que Martín pudiera reaccionar la había abierto y dos hombres entraron en el piso.

Martín se levantó poco a poco. Los dos desconocidos eran mucho más corpulentos que el hombrecillo, más que él mismo. Por si su corpulencia no fuera suficiente, llevaban pistolas en las manos, pistolas alargadas con sendos silenciadores.

—¿Qué infiernos significa esto? —barbotó, preso de una súbita ira—. ¿Qué se propone usted?

—Cumplir la sentencia que quedó en suspenso hace más de veinte años, Glaub. Usted ha vivido de prestado todo este tiempo.

—¡Está completamente loco!

—¿Porque voy a matarle? Usted confunde los términos, amigo mío. En realidad, si los guardianes y oficiales del campo de Ebensee no se hubiesen dejado dominar por el pánico, usted hubiera muerto allí y entonces.

—Forzosamente debe haber algo más detrás de todo esto... algo lo bastante importante como para que un maldito asesino salga del pozo del tiempo y aparezca aquí y ahora.

—¡Oh, claro que lo hay! Mucho más importante de lo que usted imagina. Si hubiese usted muerto en el campo de concentración...

Acabó encogiéndose de hombros ante el estupor de Martín Glaub.

Uno de los pistoleros gruñó:

—¿Qué hacemos? Estamos perdiendo mucho tiempo.

—Matadlo. Eso es todo lo que tienen que hacer.

Martín dio un respingo. Las pistolas llamearon silenciosamente

acribillándole. Cuando cayó dando tumbos estaba muerto.

El hombrecillo murmuró:

—No puedes quejarte, puesto que el destino te regaló veinticinco años de vida más de la cuenta. Vamos, salgamos de aquí.

Los dos esbirros de Greeley le escoltaron hacia la calle, donde esperaba un coche negro. Subieron y el vehículo se alejó majestuosamente, llevando en su lujosa carrocería a los hombres que encarnaban la muerte...

* * *

Laurie despegó los labios de la ardiente boca de él y susurró:

—¿Por qué lo hiciste, Steve?

—¿Por qué hice qué, besarte?

—No seas idiota. Ir a molestar a ese hombre.

—Estaba muy intrigado, y también Martín empezaba a preocuparse, así que fui y le hice algunas preguntas. ¿Sabes una cosa, preciosa? Hay algo raro en ese tipejo, alguna cosa maligna que se esconde debajo de su apariencia de debilidad.

—Lo único maligno que tiene ese hombrecillo son sus ojos, cuando mira a una muchacha. Lo sé por experiencia.

El la estrechó entre sus brazos.

—La próxima vez que le vea recuérdame que he de romperle la nariz.

—Tonto...

La besó a pesar de los intentos de la muchacha por esquivar sus labios.

—¡No te alborotes, cariño! Mamá está a punto de volver y si nos sorprende...

—¿Es que ella no fue joven nunca?

—Te apuesto que en sus tiempos nunca dejaban sola a una pareja de enamorados.

—¡Al diablo con sus tiempos!

—Steve...

El aflojó el abrazo y la joven se levantó, alisándose el vestido y recomponiendo su alborotado peinado.

—Prométeme que de ahora en adelante le dejarás en paz, querido.

—¿A quién, te refieres al hombrecillo?

—Claro que me refiero a él. Tenía un aspecto tan desamparado

cuando estuvo aquí...

—Te repito que hay algo muy extraño en ese tipo.

—Además, ¿por qué hemos de preocuparnos de los demás? Tú y yo tenemos nuestros propios problemas.

—¿Cómo cuáles?

—Lo sabes perfectamente.

—Si te refieres a la boda y todo eso, aún falta bastante tiempo, nena. Necesitamos un buen montón de dinero y los dólares no caen de las nubes.

—Mamá nos ayudará.

—No, gracias.

—¡Steve, no seas niño! Es mi dinero también, la parte proporcional de la fortuna que dejó papá.

Él enarcó las cejas.

—A que va a resultar que me enamoré de una mujer rica... ¿A qué diablo de fortuna te refieres?

—A la de papá. Mi parte la maneja mamá sólo en concepto de albacea.

—Yo tenía entendido que las cosas no les fueron bien a tus padres, hasta el extremo de alquilar habitaciones para obtener algún dinero.

—Eso fue durante la crisis de la guerra. Luego, las cosas cambiaron. Lo cierto es que no necesitamos esperar tanto tiempo.

—Estás empujándome hacia la vicaría, nena.

—¿Hacia dónde quieres que te empuje si no?

—Te lo diría si no estuviera a punto de llegar tu madre. Oye, ven aquí, ¿quieres?

—Ni lo sueñes. Cada vez que caigo en tus manos es como si me apresaran los tentáculos de un pulpo.

—De modo que es así como agradeces mis demostraciones de amor, ¿eh, nena?

—¿No puedes hablar en serio, querido? —se lamentó la muchacha—. Mira, estuve calculando lo que necesitábamos para empezar...

—¡No quiero saberlo! —se escandalizó—. ¿Pretendes que me desanime definitivamente?

—¡Steve, por favor!

El la sujetó por los codos y sus ojos bucearon en las ardientes

pupilas de la muchacha.

—Escúchame tú a mí, linda —murmuró—. Estoy tan impaciente como tú misma para que seamos el uno del otro. Te quiero y lo sabes, y cada vez que te beso he de dominarme para no volver a la época de las cavernas y... Pero este es otro asunto. Lo que quiero decirte es que no quiero que el dinero necesario para nuestra propia casa, para empezar a vivir juntos, sea tuyo.

—Ese es un criterio caduco, Steve.

—Caduco o no, es como lo quiero. Yo aportaré lo que se necesite. Precisamente están a punto de aumentarme el sueldo, ¿comprendes? —le besó fugazmente en la punta de la nariz y añadió—: Por otra parte, ya quedará tiempo de dilapidar tu capital, nena. Soy un tipo de gustos costosos. A propósito, ¿a cuánto asciende?

—¿Qué?

—Ese capital de que hablas.

—No lo sé. Mamá lo administra desde que murió papá.

—Bien, no importa. Espero que sea suficiente para despilfarrarlo pronto.

Volvió a besarla, pero esta vez ella se escabulló. Instantes después llegaba su madre y los momentos de intimidad se acabaron.

—Vendré a buscarte al anochecer —decidió él—. Hemos de aprovechar lo que pueda de esta semana porque la próxima estaré de servicio nocturno en el periódico.

—¿Es qué te vas ahora?

—Seguro, nena. He de ver a Martín. Quiero contarle mi conversación con John Mitchell. Es posible que tu hombrecillo vaya a verle hoy.

Sólo que el hombrecillo ya había realizado esa visita, y con él había llevado la muerte una vez más.

Aunque eso Steve no lo supo hasta que llegó al apartamento de su amigo, y para entonces era demasiado tarde. Nadie puede hacer nada por los muertos, excepto darles sepultura.

7

Dan Greeley escuchó lo sucedido y no pudo evitar una mueca.

—Esta no es manera de hacerlo —gruñó—. Podían haber esperado a la noche para sacar al tipo de su apartamento y haberlo llevado a los pantanos. Hubiera desaparecido para siempre evitándonos riesgos.

—Eso lleva tiempo, y el asunto debe estar terminado cuanto antes —arguyó Mitchell.

—Vamos a perderlo de todos modos si insiste en esa escabechina.

—Insisto, pero no es necesario demorar nuestra marcha. Usted dispone de gente suficiente para que dos de ellos se queden aquí.

—No estoy seguro de que me guste eso...

—Hicimos un trato, Greeley.

—Usted no dijo nada de sembrar de cadáveres toda la ciudad.

—¡Pero lo digo ahora! No puedo dejar atrás a esas gentes... Ya se han empezado a interesar demasiado por mí. Además, apuesto a que otras veces recurrió usted al crimen para asegurar su impunidad.

—Pero siempre se hizo planeándolo cuidadosamente.

—Esta vez también está planeado. Ordéneles a sus hombres como tienen que hacerlo, mientras nosotros ultimamos las cosas en el cayo. Así no retrasamos el final. Estoy impaciente por encontrar ese tesoro y empezar a vivir una nueva vida.

—Muy bien, Mitchell, o como demonios se llame. Lo haré

porque con un botín como ése yo también podré retirarme a vivir como un potentado donde nadie me conozca.

—Entonces no se hable más del asunto. Zarparemos al anochecer. Entretanto, haga usted los arreglos con su gente.

Greeley gruñó su asentimiento y Mitchell se fue.

Dejó pasar el tiempo haciendo planes. Al fin llamó a Minsky y le dio orden de buscar a otro individuo de nombre Wilmont.

Tardaron diez minutos en estar los dos en su despacho.

—Hay algunos “encargos” para cumplir, Wilmont... —empezó —. Trabajo extra.

—¿Cuánto, patrón? —quiso saber el pistolero.

—Mil dólares por cada uno.

—Trato hecho.

Minsky cabeceó. Su roma inteligencia era apenas un rudimentario instrumento que sólo servía para asimilar órdenes concretas. Cuando se le exigía iniciativa Minsky era hombre al agua.

Afortunadamente, Wilmont iba a llevar la batuta.

Greeley dijo escuetamente:

—El hombre se llama Steve Carson. Debe desaparecer sin dejar el menor rastro.

—Los pantanos borran cualquier huella, patrón —dijo Wilmont.

—Eso es lo que había pensado. Un viajecito a los pantanos, un lastre en los pies y asunto resuelto.

—Delo por hecho.

—Quedan las mujeres.

—¿Qué mujeres?

—Helen y Laurie Waring. Viven en el número 531 de Gables Road.

Wilmont esbozó un gesto de disgusto.

—Llevarlos a todos a los pantanos nos hará perder mucho tiempo. Además, con mujeres uno nunca sabe a qué atenerse. Escandalizan como gallinas asustadas.

—Para ellas he pensado otra cosa.

Wilmont esperó. Minsky parecía ausente, como si la cosa no fuera con él.

Greeley explicó instante después:

—Si las cosas se hacen bien, achacarán la muerte de esas pájaras

a esas pandillas de “hippies” drogados que vagan por todas partes. Algo sangriento y brutal como, por ejemplo, lo de Sharon Tate, en Los Ángeles. ¿Lo leíste, Wilmont?

—Seguro. Es una buena idea. A los polizontes nunca se les ocurrirá sospechar de nosotros.

—Entonces no se hable más. A mi regreso, si todo se ha hecho como yo quiero, recibiréis lo convenido.

—Cuando usted vuelva, los polizontes andarán locos buscando a una tribu de “hippies” fanáticos y drogados hasta las orejas.

Greeley les despidió con un ademán, satisfecho de haber zanjado esa parte del asunto.

Wilmont condujo el coche con Minsky a su lado.

—Primero estudiaremos el terreno —decidió—. Cazaremos al tipo esta noche, de modo que lo haremos primero.

—A mí me gustaría empezar por las mujeres —opinó el corpulento forajido llamado Minsky—. ¿Sabes lo que pienso?

—Olvidalo.

—Si no te lo he dicho todavía...

—Puedo adivinarlo.

—No seas tonto, Wilmont, hombre... Si esas “tipas” merecen la pena podemos divertirnos un poco antes de darles el pasaporte.

—¡Te digo que lo olvides! Encontrarás todas las mujeres que quieras cuando cobres tu parte. Con mil quinientos que te tocarán puedes montar un harén.

—¿Un qué? —exclamó Minsky.

—Olvidalo —bufó su compañero.

Minsky calló, ceñudo.

Wilmont siguió conduciendo en silencio, elaborando el plan que debería llevar a un hombre a una muerte horrible en la profundidad de los pantanos...

* * *

Precisamente al hombre que estaba contándole todo lo que sabía al sargento detective O’Sullivan.

Cerca de ellos, el cadáver ensangrentado de Martín Glaub era un mudo testigo de la conversación, mientras los demás detectives se esforzaban en buscar unas pistas que no existían.

O’Sullivan era un hombre metódico, experimentado, que nunca se alteraba por nada.

—Hasta aquí —dijo cuando Steve calló—, no me ha dado usted ni un solo dato lo bastante sólido para acusar a ese individuo... Mitchell.

—De todos modos, es el único sospechoso con que contamos.

—Ni siquiera sabemos si le visitó o no.

—Sargento, ese hombre vino aquí buscando a Martín Glaub. Se encontró con que alguien de ese nombre había muerto veinte años atrás. Si estuvo veinte años sin poder venir a la ciudad, o quizá más, no es descabellado imaginar que algo le impidió hacerlo después de la guerra cuando en todos los que tomaron parte en ella estaban aún frescos los recuerdos y las emociones.

—¿Adónde quiere usted llegar?

—A la cárcel.

O'Sullivan dio un respingo.

—¿Una condena de veinte años? Debió cometer un delito muy grave...

—Quizá fueron más de veinte. No olvide que nuestro hombrecillo parece extranjero..., alemán, según mi criterio.

—¿Y...?

—Criminal de guerra —aventuró el periodista—. Una condena de veintitantos años sería razonable, además, de un motivo para haberle retenido tantos años lejos de Martín Glaub.

El sargento lo pensó un buen rato.

—Como usted dijo antes, es el único sospechoso de que disponemos, así que le dedicaremos nuestra atención. Enviaré a un par de muchachos a ese hotel. Si no está, montarán un sistema de vigilancia hasta que aparezca. Veremos qué tiene que decirnos su pequeño amigo.

—No es mi amigo, sargento.

Este río.

—Usted lo ha señalado —dijo.

—Hay algo más... La exclusiva de esta historia.

—No puede pedirme eso.

—Sólo mantenga la boca cerrada hasta que yo haya completado todos los datos. No es mucho pedirle a cambio de mi colaboración.

—Usted sabe que no puedo dar esquinazo a la Prensa, y menos en un asunto como éste.

—Yo no he dicho que les dé esquinazo a los demás periodistas,

sólo que retrase sus declaraciones un poco.

—Está bien, pero no se lo garantizo.

Steve se dio por satisfecho con eso. Dedicó una larga mirada a su desgraciado amigo y no pudo evitar que sus dientes rechinaran de puro furor.

—Si puedo ponerle las manos encima... —rezongó.

—Olvídelo, este es asunto de la policía.

—Martín no había podido olvidar lo que sufrió en Alemania, durante su cautiverio. Muchas veces me hablaba de eso y no intentaba disimular su amargura, las cicatrices que aquello dejó en su espíritu. Y ahora han tenido que matarle como a un perro.

—Tranquilícese, Carson, y lárguese de aquí. Vaya a escribir su artículo y déjenos trabajar en paz.

—Está bien, sargento. Si más adelante cree que puedo ayudar en algo no dude en llamarme. Quiero ver al bastardo que ha hecho esto en el lugar donde debe estar.

Se fue, desmoralizado, acusándose a sí mismo sin rodeos porque se consideraba responsable de la muerte de su amigo.

Él le había hablado al hombrecillo de la existencia de Martín.

De no haberlo hecho, el extranjero hubiera seguido ignorando que un hombre llamado Martín Glaub estaba vivo, con lo que el veterano no habría muerto.

Ahora sólo quedaba encontrar el extraño forastero y hacerle pagar su crimen.

Laurie adivinó que algo ocurría cuando le vio la cara de expresión ceñuda.

El necesitó contener su resentimiento.

—Tu desamparado amigo —dijo violentamente—, ha matado a Martín Glaub.

Sonó un grito a sus espaldas. Al volverse vieron a la madre de Laurie que les miraban con ojos desorbitados.

Steve carraspeó.

—Tranquilícese, señora. No me he vuelto loco..., el Martín Glaub de quien estoy hablando no era el fantasma del que usted conoció.

—¿De veras crees que el asesino es el hombre que estuvo haciendo preguntas?

—Estoy casi seguro, aunque ignoro sus motivos.

La conversación languideció y esa noche de cena se pasó casi en silencio.

En distintas ocasiones, Steve sorprendió la mirada de Helen Waring, y se le antojó que contenía más miedo que nunca.

Aquella mujer estaba terriblemente asustada.

Cuando se levantaron de la mesa, Laurie y él salieron como de costumbre.

—¿Te has fijado en la expresión de mamá, Steve? —musitó la muchacha.

—Sí. No comprendo qué es lo que oculta...

—Sufre, Steve, y ya no puede disimularlo. Se pasa las noches sin dormir, dando vueltas en su cama, o levantándose para pasear por su habitación. Es horrible...

—Terminará cuando puedan echarle el guante a Mitchell. Ojalá cayera en mis manos porque le haría trizas.

Se habían alejado algunas manzanas de casas. La calle estaba desierta y un aire tibio y salobre llegaba del mar, meciendo los árboles de los jardines y los hermosos cabellos de Laurie.

Fue en ese momento cuando surgieron los dos hombres, como brotados de la noche o de la oscuridad.

Uno de ellos hundió el cañón de una pistola en la espalda de Steve, al tiempo que el otro sujetaba a Laurie, advirtiéndole.

—¡Alborota y tu amiguito recibirá una carga de plomo...!

Ella retuvo el chillido de espanto y miró hacia Steve.

Este empezaba a levantar los brazos. La pistola, en su espalda, no admitía réplica.

Minsky, que era quien le amenazaba, cacareó:

—¡Hemos cazado dos pájaros sin disparar un solo tiro! Y la nena es un bombón.

—¡Cierra la boca! —gruñó Wilmont—. Ustedes, caminen hacia ese coche estacionado ahí, en la esquina.

Steve Carson estaba desconcertado. No le cabía duda que ese asalto tenía relación con todo lo demás sucedido, y si era así el hombrecillo ya no estaba solo.

No fue un pensamiento agradable.

El auto, conducido por Minsky, emprendió la marcha. Steve y Laurie estaban muy juntos en el extremo del asiento posterior. En el otro, vigilándoles con ojos parecidos a los de un gato, Wilmont

sostenía su pistola y daba la sensación de saber muy bien qué tenía que hacer con ella.

—¿Adónde vamos? —preguntó al fin, incapaz de contenerse.

—¡Cierra la boca!

—¡No pueden raptar a dos personas y salirse del asunto con bien después!

Minsky gruñó:

—Si no calla atízale, Wilmont.

—Ya lo oyó, sabihondo. Si vuelve a darnos la lata le sacudo..., a su amiguita. Ella pagará los platos rotos.

El coche enfiló la carretera que se internaba tierra adentro.

Al quedar atrás la ciudad, Steve Carson creyó comprender y el frío de la muerte atenazó sus miembros. Aquello era un viaje sin retorno..., el clásico “paseo”.

8

Pararon el motor al entrar en la pequeña ensenada, aun a riesgo de embarrancar en alguna oculta barrera de coral.

Dan Greeley señaló las luces de la casa que se distinguían sobre el acantilado y gruñó:

—Falta saber cuánta gente habrá allá arriba...

—Una familia sola no se compone de muchos miembros —dijo el hombrecillo, sujetándose a la borda—. De cualquier manera, les sorprenderemos.

La motora dio una violenta sacudida al embarrancar en la arena. Los dos pistoleros chapotearon en el agua al saltar para sujetarla.

Poco después la había arrastrado lo suficiente para que las olas no se la llevaran mar adentro.

Greeley comentó en voz baja:

—Si hay un embarcadero en alguna parte no comprendo por qué insistió usted tanto en desembarcar en la playa...

—Ignoro si hay un empleado a cargo de las embarcaciones de Boyen..., no olvide que una de ellas es un yate de altura. Si lo hay, será más fácil sorprenderlo desde tierra que por mar.

—Piensa usted en todo, ¿eh?

El hombrecillo no replicó. Dieron un rodeo hasta descubrir los escalones en la roca que conducían a la misma cima.

—Ya sabemos el camino —dijo Mitchell—. Ahora, ustedes vayan al embarcadero y ocúpense del guardián, si lo hay. Les esperaré aquí.

Se quedó solo. Se sorprendió al comprobar que su corazón latía con fuerza. Había creído que ya nada podría emocionarle, pero al estar tan próximo al éxito y a la fortuna todavía era capaz de excitarse.

Esperó un par de minutos. Después, se dirigió a la motora y con gestos medidos, precisos, manipuló en ella hasta quedar satisfecho.

Cuando Greeley y sus dos rufianes regresaron, él estaba sentado en un escalón, silencioso y quieto como una sombra.

—Ya está —dijo Greeley—. Había un tripulante en el yate.

—¿Y...?

—Estaba dormido —rio Greeley entre dientes—. Se hundió con su barco. Abrimos las escotillas y algunos agujeros hasta que el agua entró a chorros.

—¿También en la motora?

—Eso fue más fácil.

—Excelente, Greeley. Ahora podemos ocuparnos de la gente de allá arriba.

Subieron en silencio hasta la cima.

La casa estaba construida con piedra y madera. Era un bungalow sólido y atractivo.

Dos grandes ventanas estaban iluminadas. Greeley atisbo por ellas y vio a dos personas sentadas en torno a una mesa. Debían haber terminado la cena y charlaban distraídamamente.

—Será fácil —opinó—. Aunque haya algún sirviente no ofrecerán resistencia.

El hombrecillo asintió con un gesto.

—Sus hombres deben rodear la casa y buscar la entrada de servicio, para sorprender a cualquiera que haya en la cocina o donde sea. Nosotros entraremos por la ventana.

Greeley dio unas órdenes y sus dos esbirros se fundieron en la oscuridad.

El gánster sacó una pistola y comprobó que estuviera cargada.

—¿Cómo piensa hacerlo? —preguntó.

—Quiero interrogarlos primero. Después, el mar será una buena sepultura.

—Muy bien. Vamos.

Cuando aparecieron en el ventanal abierto, el matrimonio sentado a la mesa se levantaron, estupefactos.

Greeley balanceó la pistola y les advirtió:

—No intenten nada o nos obligarán a disparar.

Pasado el primer sobresalto, Clayton Boyen barbotó:

—Han perdido su tiempo. Apenas guardo ningún dinero en casa, precisamente en previsión de la visita de forajidos como ustedes.

—¿Oye eso, amigo? —rio el gánster—. Dice que no hay dinero en esta casa.

El hombrecillo sólo dijo:

—Siéntese y no alboroten. ¿Es usted Clayton Boyen?

—Sí.

—¿Y ella?

—Es mi esposa.

—¿Quién más habita en la casa?

—Sólo la cocinera y un sirviente...

—¿Ningún otro familiar?

—Nadie más. ¿Qué pretenden? Ya les dije que...

—Esto no es un robo —dijo el hombrecillo con sarcasmo—, más bien una recuperación.

—No comprendo...

Se oyeron voces más allá de la puerta. Al abrirse, entraron un hombre y una mujer de mediana edad con las manos en alto, seguidos por dos pistoleros.

Mitchell suspiró, satisfecho.

—Muy bien —dijo—. Sáquenlos de aquí y quédense ustedes custodiándoles.

Volvieron a quedar sólo ellos cuatro.

—Y ahora vamos a tratar de negocios, señor Boyen... Sé que esta casa tiene un sótano, seguramente labrado en la roca viva.

—Sí... eso no es ningún secreto.

—¿Qué hay en él?

—Sólo cosas inservibles. Y, por supuesto, las calderas de la calefacción y el agua caliente.

Greeley cacareó:

—¿Para qué quiere nadie calefacción en un lugar como éste?

—En invierno, algunas noches refresca. Pero cuando nosotros compramos la casa ya estaba instalada. Aunque nunca la hemos utilizado.

—Vamos a verlo. Ustedes nos guiarán.

Los esposos Boyen obedecieron, atemorizados.

El sótano era casi tan espacioso como la casa. Debió representar un trabajo de titanes labrarlo en la roca, seguramente con dinamita.

El suelo era de cemento, y las paredes habían sido recubiertas con ladrillo que formaban una capa de aire para evitar la humedad.

El hombrecillo miró a su alrededor, un tanto peralejo.

Greeley dijo, nervioso:

—¿Y ahora qué, dónde cree usted que está?

—Debe de ser voluminoso... Tras las paredes de ladrillo sin duda. Habrá que echarlas abajo.

—Pues sí que es una cosa divertida... ¿Dónde tiene usted herramientas, Boyen?

—Arriba, en un cuarto detrás de la cocina. Pero, ¿qué están buscando?

—Se sorprendería si se lo dijera. ¿Les vigila usted, mientras yo voy en busca de un pico?

—Sí.

Greeley desapareció escaleras arriba.

Boyen insistió:

—No comprendo qué buscan aquí. Les aseguro que no he ocultado nada. No hay nada de valor en esta casa.

—Eso es lo que usted cree.

—¡Pero estoy diciéndole la verdad! Llevamos más de veinte años viviendo aquí...

—¿Permanentemente?

—Al principio no, pero cuando me retiré de los negocios sí. Y en todo este tiempo no...

—Voy a decirle algo, Boyen, sólo para que deje de devanarse los sesos. Hay cien millones de dólares en oro ocultos en esta casa.

La mujer dejó escapar una exclamación de estupor. Clay Boyen sólo dijo:

—¡Imposible! Ustedes deben haberse vuelto locos...

—Está aquí desde antes que usted comprara la casa, Boyen. El hombre que la construyó fue quien lo ocultó. Y él murió poco después, así que no tuvo tiempo de gastarlo, aparte de que era un oficial completamente fiel.

—¿Oficial?

Mitchell suspiró.

—Habré de explicárselo todo para que muera tranquilo —rio socarronamente—. Cuando Alemania estaba desmoronándose, algunos hombres poderosos y precavidos situaron grandes fortunas fuera del país. Sabían que la guerra estaba perdida y sólo les quedaba salvar lo que pudieran... Uno de esos envíos fue realizado por medio de un submarino y trasladado a este lugar. Pero antes habían enviado un oficial superior con una identidad falsa... la identidad de un prisionero llamado Martín Glaub, que debía morir tan pronto la operación se iniciase.

—¿Quiere decir que trajeron cien millones... “aquí”?

—Puede estar seguro. Yo fui el encargado de falsificar el pasaporte y los documentos de identidad del falso Martín Glaub. Fue uno de mis mejores trabajos, aparte de las planchas para libras esterlinas, desde luego.

Greeley regresó cargado con un pico y un azadón.

Tendió el pico a Boyen y ordenó, burlón:

—Empiece, amigo. Queremos que derribe estas paredes de ladrillos.

—Están locos...

Un gesto significativo de la pistola que apuntaba a su mujer acabó con sus protestas y puso manos a la tarea.

El muro era tan duro como la roca que ocultaba. Costó tremendos esfuerzos conseguir abrir el primer boquete. Luego, la cosa ya fue más fácil.

—¿No hay nada todavía? —se impacientó Greeley.

—No...

—¿Y si no estuviera ahí, Mitchell?

—Estaría en otra parte.

—Alguien pudo encontrarlo —insistió Greeley, cada vez más inquieto y desconfiado—. ¿Quién nos asegura que no fueron ellos, y desde entonces están viviendo a costa de ese oro?

Boyen dejó de golpear el muro y se volvió, jadeando, sudando a chorros.

—¡Mi retiro lo gané con mi trabajo! —estalló—. Además, no creo que ni mi mujer ni yo hayamos bajado a este sótano media docena de veces.

—¡Siga cavando!

Un gran trozo de muro se vino al suelo, mostrando la húmeda

cavidad que ocultaba.

Tampoco allí había oro.

—¡Más, más, siga! —rugió Greeley.

Dos horas más tarde había trozos de muro derribados a todo alrededor del sótano.

Del oro no había el menor rastro.

El hombrecillo se retorció las manos de impaciencia.

—¡Tiene que estar aquí! —murmuraba una y otra vez.

Impaciente, Greeley bufó:

—¡Echaré abajo toda la casa si es preciso!

—Calma —aconsejó Mitchell—. Es preciso reflexionar. ¿Dónde escondería usted cien millones de dólares en lingotes de oro? Ya sabemos que no están detrás del muro de ladrillos. ¿Dónde, entonces, Greeley?

—Quizá bajo esa capa de cemento que cubre el suelo, alisándolo.

—Bajo el cemento está la roca. ¿Cómo...? Está bien, vamos a intentarlo. No nos iremos de aquí sin haberlo encontrado.

Boyen fue obligado a cavar hasta la extenuación, abriendo un profundo surco en el cemento.

A partir de ahí fue más fácil levantar casi todo el pavimento.

Debajo de él apareció la roca maciza, pero nada que hiciera pensar en una cavidad disimulada capaz de ocultar aquella cantidad de lingotes de oro.

Desalentado, empezando a ponerse nervioso, Greeley barbotó:

—¿Y si lo encontraron ellos, Mitchell?

—En eso estaba pensando, pero este caballero lo niega categóricamente. ¿Qué le parece?

—Está obligado a negarlo. Vamos a interrogarle en debida forma y saldremos de dudas.

—Está bien, se lo dejo en sus manos —concedió Mitchell, yendo a sentarse en el último escalón.

Un relámpago de crueldad asomó a los ojos despiadados del gánster.

—Le conviene hablar, Boyen —dijo, rechinando los dientes—. A usted no le gustaría que yo ensaye mis métodos sobre su esposa, ¿eh?

El coche enfiló un tramo de pronunciadas curvas. A ambos lados se alzaban laderas rocosas y corpulentos árboles formando una espesa selva.

Steve tenía sujeta la mano de Laurie entre las suyas. Suavemente, la soltó, empujándola hasta el mismo rincón del asiento.

Cambió de postura, bajo la atenta vigilancia de Wilmont.

Minsky conducía con evidente pericia. Tomaba las curvas a gran velocidad, pero tan seguro como en una recta.

El reportero palmeó el muslo de Laurie y susurró:

—No te muevas, pase lo que pase. Y sujétate fuerte...

—¿Estás recitándole frases de amor? —rió Wilmont, divertido.

Steve encogió las piernas como si buscara una postura más soportable. Sabía que si llegaban al lugar que aquellos dos matarifes habían elegido ya nada podría salvarles, de modo que se decidía a actuar, aunque en el intento precipitase la muerte. Todo era preferible a aquella espera...

De repente, disparó las dos piernas contra el respaldo del asiento delantero. Las impulsó con toda su fuerza.

El respaldo se plegó hacia adelante, aplastando a Minsky contra la rueda del volante.

Siguió presionando mientras el coche daba espantosos bandazos.

Minsky aulló, lleno de pánico. Wilmont, lanzado a un lado por una brusca sacudida de la dirección, trató de recuperar el equilibrio

y disparar.

En aquel instante el coche enfiló una cerrada curva, la atravesó en diagonal y saltó fuera de la carretera.

Minsky lanzó un largo alarido. La pistola de Wilmont tronó cuando Steve se arrojaba sobre Laurie cubriéndola con su propio cuerpo y abrazándola desesperadamente.

Hubo un choque terrible. Los cristales saltaron en pedazos y el metal de la carrocería, a juzgar por el estrépito, debió hacerse pedazos.

Dentro del vehículo la confusión fue espantosa. Los cuerpos fueron lanzados hacia adelante por la fuerza del impacto.

Después, poco a poco, se hizo el silencio y sólo se escucharon los chillidos de Laurie y el sordo estertor de Minsky.

Steve sacudió la cabeza. Le dolía todo el cuerpo de una manera atroz, pero se revolvió como pudo para librar de su peso a la muchacha.

El coche estaba casi vertical, apoyado sobre el morro entre dos grandes árboles.

Aturdido, el reportero vio a Wilmont atravesado en el parabrisas roto. El pistolero estaba muy quieto.

Minsky continuaba con su agónico estertor.

Steve abrió la portezuela y saltó fuera. Las piernas le fallaron y rodó por un suelo cubierto de hojarasca húmeda.

Cuando pudo valerse, sacó a Laurie y la tendió sobre el mullido colchón de hojas.

—¿Estás bien, pequeña? —murmuró.

Ella le miraba con ojos desorbitados.

Rápidamente la examinó. No era momento de andarse con falsos pudores, de modo que comprobó si había alguna herida en su cuerpo sin encontrarla, sólo magulladuras como él mismo.

Respiró, aliviado, y la dejó allí gimoteando.

Wilmont tenía la cara hecha trizas por los agudos cristales y un espantoso corte en la garganta que casi le había decapitado. No había que preocuparse ya por él en absoluto.

Abrió la portezuela delantera y se ocupó de Minsky.

Este había tenido muy mala suerte. La rueda del volante estaba rota, y tenía un buen trozo de barra hundido en el pecho.

—Bueno, compañero, las cosas no salieron tan bien como

imaginabas, ¿eh?

Minsky gimió. La sangre inundaba también su boca y apenas respiraba ya.

—Veamos si puedes entenderme. ¿Dónde está Mitchell, dónde esperaba vuestro regreso?

Tuvo que repetir la pregunta un par de veces más antes de que Minsky moviera los labios, aunque ningún sonido brotó de ellos.

—Trata de decírmelo —insistió el periodista—. Haré que te acompañe en este último viaje... ¿Me oyes?

—El cayo... —balbució el moribundo pistolero—. La lancha... y Greeley...

—¿Quieres decir que se embarcaron en una lancha, rumbo a uno de los cayos?

Minsky murió, clavado contra el volante como un gran insecto.

Carson se echó atrás, temblando aún.

Ayudó a levantarse a Laurie y la ayudó a encaramarse por la ladera hasta llegar a la carretera.

—¿Te sientes con fuerzas para caminar, querida? Me temo que este lugar está muy poco concurrido para que alguien pueda recogernos...

—¿Y ellos, Steve... están...?

—Muertos. Ya no tienes nada que temer. Y el hombrecillo se dirigió a uno de los cayos...

—¡A la casa de Glaub!

—Recuerdo que dijiste algo de esa casa.

—Lo leí en el registro. Alguien llamado Boyen la compró...

—Entonces no cabe duda que se dirigen hacia allí.

Echaron a andar, tambaleándose al principio, doloridos, lacerados, pero recobrando las energías por minutos, acuciados por las prisas de evitar la consumación del gran crimen final.

Habían recorrido un par de millas cuando vieron un desvío, con un indicador que rezaba:

“Whiteville. Hoteles, playas, casinos.”

Y la distancia:

“Diez millas.”

—Espero que tengan embarcaciones disponibles a estas horas de la noche —rezongó Steve, emprendiendo el nuevo camino.

Laurie se sostenía gracias a él, pero su voluntad indudablemente

la impulsó a continuar ahogando en su interior las quejas, las lamentaciones y el propio dolor.

* * *

Whiteville era un típico lugar turístico. Un pueblo pequeño, con más hoteles, moteles y campings que casas particulares.

Cuando llegaron a él, extenuados, con las ropas hechas jirones, los dos jóvenes eran la imagen de la derrota y la desolación.

—Si alguien nos ve apuesto que echa a correr lanzando alaridos —dijo Steve, deteniéndose junto a unos suntuosos jardines.

Laurie respiraba espasmódicamente.

—¿Y ahora qué, cariño? Nosotros solos no podemos hacer nada...

—No quiero compartir ese reportaje con nadie. Me doblarán el sueldo si consigo publicarlo en exclusiva.

—Estás loco, Steve... y yo debo estarlo también al quererte de ese modo.

—Entonces, haz lo que te diga.

—¿Qué cosa?

—Quédate aquí, busca un lugar donde pasar la noche y espérame.

—¡Eso no lo haré! Donde tú vayas...

—Donde yo vaya se desencadenará el infierno.

—Pero yo estaré contigo con infierno o sin él.

Steve supo que era inútil discutir. La besó unos instantes y ambos reanudaron la caminata hacia los muelles mismos.

Estos eran simples embarcaderos de madera, a los que estaban amarradas incontables embarcaciones deportivas. Algunas luces parecían flotar y balancearse sobre las oscuras aguas.

—Con tiempo podríamos pedir prestada una motora, o alquilarla...

—Sólo que no tenemos tiempo —dijo Laurie, desfallecida, a punto de desplomarse.

—No. Mira ese cascarón. ¿No es una maravilla?

Ella no tuvo ánimos para mirar siquiera. Se dejó arrastrar por él a través de una pasarela.

—Steve..., querido...

El reportero se internó en las entrañas de la gran lancha motora. Era una "Cris-Craft" para pesca de altura, rápida, sólida y con un

gran motor interior.

Manipuló en el encendido hasta establecer un puente. Después, se instaló delante del tablier y oprimió el botón de puesta en marcha.

El poderoso motor lanzó un prolongado rugido. Lo dejó unos segundos para que se calentara, mientras en tierra el estrépito sacaba a los vigilantes de su partida de naipes y sembraba la alarma.

Steve maniobró con cierta torpeza. Rozó violentamente las otras embarcaciones a los costados, y al fin enfiló hacia el mar abierto.

En tierra, los vigilantes gritaban indignados. Estaba terminantemente prohibido que nadie se hiciera a la mar a aquéllas horas de la noche sin previo aviso.

Eso era algo que no preocupaba a Steve Carson, aferrado a la pequeña rueda del timón y dando todo el gas a la embarcación, hasta conseguir que volara materialmente sobre las quietas olas bañadas por la blanca luz de la luna.

En irnos minutos se hubo perdido de vista y los vigilantes, alarmados, se encaminaron al teléfono más próximo...

10

La mujer había perdido el conocimiento y yacía en el frío suelo del sótano, ante la mirada espantada de su marido, firmemente sujeto por Greeley.

Las ropas de la inconsciente dama estaban hechas jirones y en los lugares donde su cuerpo quedaba al descubierto había profundas heridas que sangraban lentamente.

El hombrecillo jadeaba como si acabara de realizar un gran esfuerzo y sus ojos relucían por primera vez.

Greeley barbotó:

—Hemos perdido el tiempo, Mitchell. Si hubiesen sabido el paradero del oro ya lo habrían revelado.

—Sí..., seguro que sí..., puedes soltarlo.

Clay Boyen se precipitó hacia donde estaba su esposa, abrazándola, tratando de reanimarla.

—¿Y ahora qué? —gruñó Greeley—. No podemos echar abajo la casa desde sus cimientos.

—Déjame pensar...

—¡Usted y su manía de pensar! ¿Qué ha conseguido hasta ahora?

—¡Cállate!

—No me grite, renacuajo —bufó el gánster, enfurecido—. Me metí en esto porque usted lo pintó muy fácil. ¿Dónde está ahora la facilidad?

—El oro... llegó aquí, de eso estoy seguro. Lo trasladaron con un

submarino, y el hombre que había suplantado a Glaub lo recibió. Dos de los tripulantes del submarino le ayudaron a ocultarlo antes de volver al mar... ¡Lo ocultaron en esta casa! —gritó.

—Sí, pero, ¿dónde? —replicó Greeley con lógica aplastante.

—¡Dónde, donde! Yo siempre pensé que estaría en el sótano.

—Aquí nada es como parece. El lugar más indicado era el sótano, y no está aquí. Entonces, ¿por qué infiernos construyeron esta cueva en la roca viva? No sirve de nada en realidad. Nada tiene sentido... Un sótano vacío que nunca fue utilizado, una potente instalación de calefacción perfectamente inútil, porque incluso en invierno la temperatura aquí es primaveral... El tipo que proyectó todo esto debía estar más loco que usted.

—No estaba loco, Greeley. Era un genio del espionaje, un hombre fuera de serie. Alguien encontró el oro detrás de los muros de ladrillos y volvió a edificarlos después...

—Ya hemos averiguado que no fueron los Boyen.

—Estos compraron la casa cuando el falso Martín Glaub ya estaba muerto. ¿A quién, Greeley?

—¿Y me lo pregunta a mí?

El hombrecillo se volvió como una serpiente. Clayton Boyen sostenía amorosamente el cuerpo inerte de su mujer, que respiraba débilmente.

—¿A quién la compró, Boyen?

—¿Qué, cómo dice?

—¿A quién le compró usted la casa?

—A un agente...

—Pero, ¿a quién pertenecía? Debió conocer al propietario para firmar las escrituras.

—Era una mujer...

—¿Qué? —rugió Mitchell.

—Helen Waring —murmuró Boyen, agotado—. Ahora déjenos en paz, por piedad...

—Helen Waring... ¡Helen Waring! —bramó el hombrecillo de pronto—. ¡Y tus hombres deben haberla matado a estas horas!

—Pues sí que...

—Si ella encontró el oro jamás lo sabremos. El falso Martín Glaub murió en su casa... debió revelarle el secreto... ¡Maldita bruja!

—Y los muchachos le han dado el pasaporte esta misma noche. Pues sí que planeaste una soberbia jugada, maldito renacuajo.

—¡No me llames así! —bramó el alemán.

Greeley se echó a reír.

—Eres una lumbrera, renacuajo. Encima de fracasar, de no encontrar un centavo, tenemos cuatro personas entre manos.

—Eso no me preocupa... Si hubiera manera de comunicar con tus hombres de la ciudad para impedir...

—¿Impedir lo que ya debe estar hecho?

Greeley dio media vuelta y empezó a subir las escaleras.

—Voy a decirles a mis hombres que terminen con esta gente antes de largarnos de aquí. Después, me ocuparé de ti, renacuajo. No olvides que quiero el sobre viajero.

Llegó arriba. Se sorprendió de que la estancia estuviera a oscuras.

Antes que pudiera localizar la llave de la luz, algo terriblemente duro se abatió contra un costado de su cabeza y la noche estalló en llamaradas para el gánster.

Steve se inclinó sobre él, empuñando una de las enormes automáticas arrebatadas a los dos pistoleros sorprendidos a su llegada.

Para asegurarse de que Greeley no intervendría durante un tiempo en lo que se preparaba le sacudió un segundo mazazo. El ruñan no emitió ni un quejido.

Tras esto, el periodista descendió por la escalera cautelosamente.

Asomó la cabeza con precaución y vio a un hombre y una mujer en el suelo, abrazados. Ella parecía hallarse inconsciente y el hombre intentaba protegerla de la pistola que el hombrecillo empuñaba.

—No me gusta matar —le oyó decir—. Me repugna si no es estrictamente necesario. Si hubiera encontrado el oro, las muertes de ustedes y de sus sirvientes no me hubieran importado en absoluto...

—¿Qué clase de bestia dañina es usted? —balbució Boyen.

Steve descendió dos peldaños más y gritó:

—¡Suelte la pistola, Mitchell!

El hombrecillo giró velozmente sobre los talones. Era un individuo de reflejos centelleantes.

Estaba disparando antes que el reportero hubiera decidido hacerlo.

Una bala aulló al rebotar en la roca, muy cerca de su cabeza. Otra le rozó el cuello con una atroz sensación de quemadura.

Entonces tiró del gatillo del "45" que manejaba.

El tremendo estampido repercutió allá abajo como una bomba.

El falso John Mitchell dio un salto atrás, empujado por el enorme proyectil, pero aún luchó por levantar su propia arma.

Carson le metió otra bala en el cuerpo y sólo entonces se arrugó sobre sí mismo, desplomándose.

Acabó de bajar los escalones. Clay Boyen le miraba como si fuera la encarnación del dios de la venganza, de la justicia implacable, del estremecedor "ojo por ojo..."

—¿Está grave? —preguntó Carson, señalando a la mujer.

—El... estuvo torturándola.

—¿Podrá sostenerla para subir arriba?

—No... hasta que recobre el conocimiento.

—Bueno, no puedo perder tiempo aquí. Quédese usted y cuando su esposa se recobre, llévela a su cuarto. Para entonces habré quitado toda esa basura de allá arriba.

Subió.

La primera sorpresa fue comprobar que el hombre que había tumbado había desaparecido.

Corrió al exterior, hacia el pabellón que se alzaba cerca del acantilado.

También los dos pistoleros que dejara allí atados y amordazados, con enormes chichones en sus cráneos, se habían esfumado. Las cuerdas estaban en el suelo y eso era todo.

Entonces oyó un rumor y se aplastó contra la pared.

Una cabeza de mujer asomó por la puerta.

—No tiene nada que temer... soy Millie.

—¡Oh, la cocinera!

El sirviente se les unió. Atropelladamente, explicaron que, ocultos como él les ordenó que se mantuvieran, habían visto llegar un hombre tambaleándose, que entró en el pabellón, para salir en unos segundos en compañía de los prisioneros.

—¿Hacia dónde fueron?

—Se lanzaron escaleras abajo, en las rocas, señor.

Carson se asomó al acantilado. Allá abajo, la luz de la luna le permitió ver las sombras que empujaban la embarcación al mar.

Después, escuchó el rugido del motor y la motora se alejó cada vez más rápida.

—Bueno, hubiera preferido acogotarlos un poco más... esos bastardos asesinos...

Repentinamente, su voz fue ahogada por un terrible estampido.

Una llamarada roja se elevó sobre el mar, allí donde un segundo antes estuviera la lancha motora de los fugitivos.

El combustible en llamas se extendió por la superficie, mientras pedazos de la embarcación empezaban a descender entonces.

Entre los trozos de lancha, debían estar cayendo también los fragmentos de tres pistoleros sin escrúpulos, a quienes su propio cómplice había armado aquella trampa con la intención de quedarse solo con el botín.

El periodista se estremeció. Después, dio instrucciones a los sirvientes para que fueran a atender a los Boyen y él se lanzó también escaleras abajo, inquieto por si Laurie había despertado con el tremendo estallido de la motora.

Sin embargo, pronto se tranquilizó. El indecible agotamiento de la muchacha debía haberla sumido en una especie de sopor, porque continuaba profundamente dormida.

Steve Carson estuvo contemplándola unos instantes Después, inclinándose, la besó suavemente en los labios y ya no hubo más violencia a su alrededor, ni dentro de su propio corazón.

Al fin volvía la paz...

La paz de los muertos.

El doctor salió de la habitación de Laurie cerrando cuidadosamente su maletín negro.

Carson exclamó:

—Y bien, doctor, ¿cómo está?

—Magullada, pero no tiene nada roto. Los dolores que siente desaparecerán a medida que descanse y haga ejercicio. De momento, todo lo que necesita es descanso.

—Estuvo de suerte...

—Ahora me ocuparé de usted, joven. Le dije que se desnudara y se metiera en una cama.

—Lo haré cuando llegue a mi apartamento.

—¿Cree que dispongo de todo el día y toda la noche, sólo para usted? —bufó, indignado, y añadió—: ¿Es que no hay camas en esta casa?

Helen Waring sonrió.

—He preparado un cuarto para ti, Steve.

—Demasiadas molestias. Además, Laurie se enfurecerá conmigo si...

—Steve, querido, estás perdido si empiezas por temer a la que ha de ser tu esposa. Ven, el doctor podrá examinarte inmediatamente. Después..., después quiero hablar contigo.

—Está bien, me tienen atrapado.

Fue un examen largo y exhaustivo, entre gruñidos del médico y protestas de dolor del paciente.

Finalmente, el doctor masculló:

—En buena ley, debería estar usted hecho trizas, joven.

—Así es como me siento.

—Tampoco tiene nada roto.

—A juzgar por su manera de decirlo, parece como si lo lamentase.

—Detesto a los pacientes que me hacen perder el tiempo, eso es todo.

Cerró apresuradamente su maletín y se encaminó a la puerta.

Carson gritó:

—¡Eh! ¿No hay tratamiento para mí?

—Sólo descanse. Es cuanto necesita.

—Esa receta me conviene.

El médico desapareció cerrando violentamente la puerta.

Steve se recostó en los almohadones. Todo había terminado al fin, e incluso sus declaraciones a la policía habían conseguido mantener secretos muchos detalles que no le convenía que fueran divulgados.

Alargó el brazo y tomó el teléfono que había sobre la mesita de noche. Cuando obtuvo comunicación con la redacción de su periódico preguntó:

—¿Durance? Aquí Carson. ¿Qué hay de mi reportaje?

—¡Soberbio! Ocupa toda la primera página, con una gran cabecera, y sigue en dos planas interiores. No me sorprendería que se interesaran por ti los grandes diarios del norte...

—Eso sería una gran cosa.

—¿Cuándo piensas volver? Necesito más material para este asunto.

—Te lo dictaré por teléfono más tarde. Estoy amarrado a una cama.

—¿Qué?

—Orden facultativa.

—No lo creeré en mil años. Hasta ahora nadie había conseguido mantenerte en cama más de un día.

—Hasta ahora no tuve a la mujer más adorable del mundo en la habitación contigua a la mía.

—¡Escucha...!

Colgó.

La puerta acababa de abrirse y Helen se deslizó al interior cerrando con cuidado.

—¿Puedes escucharme ahora, Steve? —murmuró.

—Por supuesto.

—¿No adivinas lo que quiero decirte?

—En parte, creo que sí.

—¿Sabes si Laurie lo sospecha?

—Estoy seguro que no.

—Bien, te lo contaré de todos modos... Empezó cuando Martín Glaub vino a residir a nuestra casa... Eran años de escasez, tú lo sabes. Y Jim, mi esposo, no era hombre emprendedor como para sacarnos de las dificultades. Era apático, derrotista. Sólo sabía protestar contra la situación.

—Ya veo...

—Por favor, no interpretes mal lo que acabo de decirte. Jim era bueno, pero debido a su carácter nos habíamos distanciado un poco.

—Y entonces apareció Martín... o el falso Martín, para ser veraces.

—Sí. Me impresionó primero, para subyugarme después. Era un hombre joven, de apariencia poderosa, y su rostro era capaz de expresar todas las emociones imaginables o permanecer totalmente inexpresivo.

—Pero estaba enfermo.

—El corazón. Él lo sospechaba, pero no lo supo con certeza hasta que un doctor lo confirmó. Entretanto yo... él...

—Vivieron un romance —la ayudó Steve pausadamente—. No necesita turbarse de ese modo. Sinceramente, le diré que esa eventualidad ya la había imaginado.

—El me venció. O quizá yo deseaba ser vencida, no lo sé.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Sólo unos días... los más apasionados de mi vida. Después, una mañana, le encontré agonizando. Llamé al médico y mientras llegaba él me habló.

—¿Del oro?

—Y de la casa. Me obligó a redactar un breve documento cediéndomela. Lo firmó. Me contó que el oro había sido sacado de Alemania por los jefes nazis, pero que los responsables de ese envío habían muerto o fueron ahorcados...

—Y murió.

—Sí. Pero no saqué el oro entonces. Sólo hice valer mi derecho sobre la casa sin que Jim lo supiera jamás. Fue más tarde, después de su muerte, cuando lo fui sacando poco a poco y ocultándolo en mi casa, para negociarlo a lo largo de los años. Lo hice por Laurie, para que nunca tuviera que sufrir las privaciones que yo soporté. Lo único que yo gasté de ese dinero fue la cantidad exacta para redimir la hipoteca de esta casa.

—Comprendo. Le agradezco que haya confiado en mí, pero puede estar segura que nunca traicionaré esa confianza.

—Gracias, Steve... Hay algo más todavía...

—Laurie.

—¿Qué?

—Ella es hija del hombre que murió, ¿no es cierto?

—¿Cómo pudiste sospecharlo?

Él sonrió.

—No fui yo, ciertamente, sino el auténtico Martín Glaub. Acertó en toda la línea.

Helen se echó atrás. Sus ojos relucían de lágrimas contenidas.

—El saberlo, ¿no cambia nada entre tú y ella?

—¿Por qué habría de cambiar? Yo amo a Laurie, no a su padre. Para mí, sigue siendo la misma muchacha adorable que me volvió el seso al revés —se echó a reír y añadió—: Además, ahora sé que es una rica heredera. ¿Cree usted que dejaría escapar semejante oportunidad?

Ella se inclinó sobre la cama.

—Gracias, Steve..., ella será feliz a tu lado. Eres el hombre que necesita... en cierto modo eres como él.

Inclinó la cabeza y le besó rápidamente. Después, irguiéndose mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas, añadió:

—Sí, Steve..., muy semejante a él. Fuerte, rudo, burlón a veces, profundamente sentimental otras..., no importa que fuera alemán, ¿comprendes? Para mí fue lo que nunca antes había tenido.

—Lo comprendo perfectamente.

Helen se llevó el pañuelo a los ojos y se encaminó a la puerta.

Carson exclamó:

—¡Un minuto, por favor!

Ella se volvió.

—¿Quiere abrir esa puerta de comunicación? Me sentiré más cerca de Laurie de ese modo.

Ella sonrió.

—Quizá te sientas demasiado cerca de ella, Steve, con esa puerta de comunicación abierta.

Sin embargo, la abrió de par en par. Desde donde estaba, él podía ver a Laurie profundamente dormida en su lecho.

—Descansa tú también, ahora. De todos modos, yo no andaré lejos, ¿comprendes, Steve? Sólo por si ésta vez te sientes débil y sucumbes a la tentación.

—Tranquilícese. Soy un tipo fuerte.

Ella volvió a sonreír, ya junto a la puerta del pasillo.

—Él también lo era —musitó—, y sucumbió.

Salió y cerró suavemente.

Steve cerró los ojos. Realmente, aquella puerta abierta...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España